

CAPÍTULO III

*JOSÉ TOMÁS URMENETA
(1808 - 1878)*

*UN EMPRESARIO MINERO
DEL SIGLO XIX*

*Ricardo Nazer Ahumada
Licenciado en Historia
Universidad Católica de Chile*

Antecedentes del desarrollo económico del siglo xix

El desarrollo económico experimentado por el país a partir de la década de 1830, estuvo ligado a las actividades comerciales de importación-exportación concentradas en Valparaíso, convirtiendo al puerto en el emporio comercial del Pacífico, y a las actividades mineras del Norte Chico, en una primera etapa la minería de la plata (descubrimientos de los minerales de Arqueros, Chañarcillo y Tres Puntas) y, posteriormente, a la minería del cobre y del carbón, que permitió el surgimiento de una industria de fundiciones.

Las exitosas actividades productivas y comerciales ligadas al comercio exterior, dan lugar a la formación de nuevos grupos sociales económicamente poderosos, que irrumpen en la escena nacional durante el siglo xix.

En primer lugar están los extranjeros, que se instalan en Valparaíso como comerciantes, agentes de casas mercantiles, representantes de armadores de naves, artesanos, marinos y trotamundos en busca de riqueza fácil o de mejor situación. Conjuntamente con el grupo extranjero, el elemento tradicional chileno mantuvo sus afanes comerciales, pero con menor envergadura, al ser desplazado por los mercaderes extranjeros poseedores de mejores relaciones y conocimientos del mercado mundial que estaba surgiendo.

Un grupo aparte es el empresariado minero. Los ricos descubrimientos de plata en Chañarcillo y Arqueros, y el posterior desarrollo de la minería del cobre, permitieron a chilenos y extranjeros, la acumulación de grandes capitales en pocos años. Este grupo estaba constituido tanto por mineros, como por comerciantes ligados a la minería a través de la habilitación y la comercialización de los productos.

De estos grupos empresariales, los más importantes son los formados por empresarios de origen extranjero ligados al comercio de importación-exportación, radicados en Valparaíso, y los mineros de la plata y el cobre del norte del país. Ambos grupos, con las utilidades obtenidas en la producción y comercialización de minerales, a partir de la década de 1850 pudieron llevar a cabo nuevas inversiones que se caracterizaron por su diversificación: minería, actividades financieras, transporte terrestre y marítimo, mejoramiento urbano y actividades agrícolas.

Los nuevos grupos empresariales conformaron una burguesía emergente que, en un rápido ascenso, tomó el control de las principales áreas de la economía chilena, y, aunque dependiente del capitalismo inglés, constituyó un grupo dinámico y progresista en el Chile decimonónico.

Una lista de las principales fortunas chilenas, publicada por Vicuña Mackenna en *El Mercurio* del 26 de abril de 1882, muestra que las fortunas claramente distinguibles de origen burgués (minería, industria, comercio y crédito) suman \$ 134.500.000, y las provenientes de la agricultura, \$ 24.500.000. Las primeras representan el 84,3% y las segundas el 15,3%. Las ocho mayores fortunas corresponden a familias burguesas, con el 50,7% del total, lo que indica una altísima concentración, en su mayoría de origen minero.

El empresariado minero

Durante la Colonia, los hombres dedicados al negocio de la minería constituyan un pequeño empresariado, originalmente dueños de haciendas de poca extensión del Norte Chico y de algunas localidades de la zona central, que a través de habilitaciones, préstamos, compañía, mantención de ingenios, adquisición de minerales y transporte se dedicaron por completo a la minería; no amasaron grandes fortunas, su cultura fue muy pobre y no tuvieron voz en los asuntos públicos.

Durante las décadas de 1820 y 1830, se producen cambios significativos en la minería. La inserción del país en la economía mundial, la creciente demanda de minerales por parte de los países que lideran la revolución industrial y los ricos yacimientos de nuestro suelo, posibilitan la explotación de los minerales de cobre. Al mismo tiempo, se producen los descubrimientos de los ricos minerales de plata, que dan un impulso considerable a esta actividad económica.

Un importante número de extranjeros comienza a dedicarse a la minería, se instalan en los distritos mineros a desarrollar labores de habilitación, compra y venta de minerales y explotación de minas. Estos hombres que habían llegado al país como agentes de casas mercantiles, técnicos de compañías mineras que fracasaron y aventureros en busca de fortuna, introducen nuevas formas de asociación, crédito, explotación de los minerales y adelantos en la fundición de éstos. Conjuntamente con esos extranjeros, un importante número de mineros nacionales participa de la explotación de los antiguos y nuevos yacimientos, para satisfacer la creciente demanda de minerales de cobre.

Las más importantes casas mercantiles de Valparaíso comienzan a suministrar créditos, vía habilitación, y participan de la venta de estos minerales, dando lugar a un complejo sistema de financiamiento y comercialización de la minería del cobre. A mediados de siglo, la minería se había convertido en el motor de la economía chilena, las exportaciones de minerales representaban más del 80% de las exportaciones del país, y nos habíamos convertido en los primeros productores mundiales de cobre, con el 32% de la producción.

El espectacular crecimiento de la minería permitió la acumulación de grandes fortunas en manos de extranjeros radicados en el país y nacionales. Algunos hicieron su fortuna gracias al descubrimiento y explotación de ricos yacimientos de plata y cobre. Otros, en cambio, participaron en la minería

como habilitadores, obteniendo grandes utilidades al comercializar los productos. También poseían minas y fundiciones.

En cuanto a los chilenos éstos eran: Ramón Goyenechea, Juan José Echeverría, Bernardo del Solar, José Tomás Urmeneta, Francisco Ignacio Ossa, Ramón Subercaseaux Mercado, Mariano Ariztía, Francisco Garín, Miguel Gallo Vergara, José María Codecido, Pedro León Gallo, Matías Cousiño, Luis Cousiño, Agustín Edwards Ossandón, Joaquín Edwards, Maximiano Errázuriz, Pedro Díaz Gana, José Santos Ossa, José Antonio Moreno, Ramón Ignacio Goyenechea, Gregorio Ossa, Ramón Ovalle, Adrián Mandiola, Jorge Rojas Miranda, José Ramón Ossa y otros.

La mayoría de los empresarios se trasladó a Santiago y Valparaíso, donde dieron inicio a espectaculares negocios, diversificando sus inversiones en múltiples sentidos. Una parte del capital se reinvertió en la minería: fundiciones, mecanización de las faenas mineras, mejoramiento del transporte de minerales a través de ferrocarriles. También derivaron a las operaciones financieras como la banca y la formación de sociedades anónimas: ejercieron como prestamistas, organizaron casas de crédito que operaban como verdaderos bancos, fundaron los primeros bancos, organizaron sociedades anónimas que les permitieron colocar sus capitales y ejercer cargos de importancia. Otra área de inversión fue la agricultura: adquirieron numerosas haciendas, realizando importantes obras de regadío, introducción de nuevos cultivos, adelantos técnicos, convirtiendo estas haciendas en las más modernas del país.

A partir de la década de 1870, los capitales mineros avanzarán hacia el Norte Grande, invirtiendo en empresas salitreras, plata y guano, dando origen a una nueva generación de empresarios mineros como José Díaz Gana, José Santos Ossa, Angel Custodio Gallo, Pedro Lucio Cuadra y otros. Entre los extranjeros: Melbourne Clark, Otto Harnecker, José María Artola, Manuel Barreau.

Conjuntamente con las actividades empresariales, estos hombres ocuparon importantes cargos públicos: diputados, senadores, candidatos presidenciales, miembros del Consejo de Estado, ministros, diplomáticos. Fueron además destacados filántropos, tomando bajo su cargo importantes instituciones de beneficencia como la Casa de Orates, la Sociedad de Instrucción Primaria, formación del cuerpo de bomberos, etc.

También gastaron parte de sus capitales en lujo y fastuosidades, construyeron mansiones y palacios adornados con los más finos artículos de decoración importados desde Europa, donde se daban extraordinarias fiestas en que los dueños de casa e invitados exhibían sus joyas, vestidos y refinamientos afrancesados. Algunos vivieron en Europa como grandes señores, alternando con la nobleza y burguesía del Viejo Mundo.

Los más notables empresarios mineros levantaron verdaderos "imperios"; pues sus inversiones abarcaban toda la variedad anteriormente descrita. Ellos fueron Agustín Edwards, Carlos Lambert, Matías Cousiño, José Tomás Urmeneta, Ramón Subercaseaux entre los más importantes.

La labor de estos empresarios es valorada por Segio Villalobos con las siguientes palabras: "qué habría sido de Chile y lo que seríamos hoy si no

hubiese habido en el siglo xix un dinámico grupo de mineros del cobre y de la plata en Atacama, pioneros del ferrocarril y la navegación a vapor, industriales arriesgados y banqueros activos. Ellos fueron los que juntaron capitales, realizaron inversiones, exploraron el territorio, trajeron técnicos y maquinarias y expusieron su fortuna en negocios audaces. Sin ello habría que imaginar un país de tono rural y atrasado".

El origen de la fortuna: Las minas de Tamaya

Antecedentes familiares de José Tomás Urmeneta

Los primeros Urmeneta llegan al país durante el siglo xviii. Proceden de Legazpia, Guipúzcoa, España. El mayor de ellos era Francisco Javier Urmeneta, quien contrajo matrimonio, en 1781, con María Loreto Astaburuaga Pizarro, teniendo dos hijos: José María y Carmen. Francisco Javier se dedicó al comercio con regular éxito en La Serena. Con Francisco Javier llegaron sus sobrinos Tomás Ignacio y Julián Urmeneta Guerra; no sabemos si llegaron juntos o bien separadamente, mandados a buscar por su tío como era la costumbre. Tomás Ignacio trabajó junto a su tío en cuestiones comerciales en el Norte Chico.

Viudo en 1791, Francisco Javier Urmeneta contrae nuevamente matrimonio con la serenense Manuela García Abello Pizarro, hija del corregidor de La Serena. De este matrimonio nacen dos hijos: Carmen y Francisco Javier Urmeneta García-Abello.

En 1795, muere Francisco Javier Urmeneta, dejando a dos pequeños niños. Su viuda, Manuela García-Abello, contrae matrimonio con el sobrino de su difunto esposo, Tomás Ignacio Urmeneta, el que durante nueve años había prestado servicios comerciales a su tío, recibiendo de él, en herencia, la suma de tres mil pesos. Tomás Ignacio se hizo cargo de los negocios de la familia, y durante el matrimonio con Manuela García-Abello nacieron siete hijos: Josefa, Mariana, Dolores, Mercedes, Manuela, José Tomás y Manuel Jerónimo.

Al comenzar el siglo xix, Tomás Ignacio traslada sus negocios a Santiago y ocupa el cargo de regidor de la ciudad en 1808. En 1818, muere en Santiago, dejando a su esposa y dos pequeños hijos, los menores José Tomás y Jerónimo. El primero había nacido en 1808 y el segundo, en 1816. En ayuda de estos dos pequeños niños concurre su hermano materno, Francisco Javier Urmeneta, hijo del primer matrimonio de Manuela García-Abello, quien, convertido en un próspero comerciante en Santiago y Valparaíso, es el típico mercader de principios de siglo, importador y exportador, mayorista y minorista, que tenía sus propias naves para aventuras comerciales de corta existencia.

A la edad de quince años (1823) fue enviado por su hermano a Norteamérica, siendo internado en un colegio mercantil en Rhode Island. Tres años más tarde, su hermano Jerónimo viajó a la misma ciudad, graduándose en la Universidad de Brown, en Letras y Leyes. A la edad de diecinueve años, José Tomás (1827) estuvo de vuelta en Chile, con un completo dominio del idioma

inglés y una educación mercantil estadounidense, algo totalmente inusual para la época. Estuvo corto tiempo. Su hermano Francisco Javier, al ver que había completado su educación mercantil organizó una sociedad, en la cual participaba José Tomás Urmeneta con dos comerciantes, Manuel Hipólito Riesco y José Ramón Sánchez. Urmeneta sería el comisionista y mandaría mercaderías europeas a sus socios en Santiago y Valparaíso.

En 1827, se embarcó rumbo a España, donde la empresa fracasó a causa de la revolucionaria situación que vivía ese país, no logrando, Urmeneta, tener contacto con los correspondentes y capitalistas de quienes obtendría créditos.

Al fracasar las negociaciones, se trasladó a Inglaterra, donde permaneció por espacio de tres años, siendo testigo de la transformación económica y social que ocurría en este país, cuna de la Revolución Industrial. La educación que obtuvo en Londres lo marcó, ya que en Chile, según Vicuña Mackenna, fue reconocido por sus "hábitos de guarda de su persona, de comedida etiqueta y aun de traje cuidado y de lenguaje culto que le fueron familiares". Pero también influyeron en él las características burguesas propias de la época: espíritu de empresa, racionalidad económica, moralidad.

Volvió a Chile en 1831. Como su hermano Francisco Javier había muerto, empobrecido, recurrió a su hermana Josefa Urmeneta, casada con el rico minero Mariano Ariztía. Este había logrado su fortuna en el mineral de plata de Arqueros y era dueño de minas de cobre en Tamaya y dos importantes haciendas en el valle del Limarí, la de Sotaquí y la de Guallillanga.

Su cuñado lo nombró administrador de las haciendas de Sotaquí y Guallillanga instalándose en esta última en 1831, a la edad de veintitrés años. En esta zona conoció a la que luego sería su esposa, Carmen Quiroga, quien entonces visitaba a dos hermanas casadas con los hijos del rico minero y hacendado Bernardo del Solar. Otras dos hermanas Quiroga también estaban casadas con ricos mineros y comerciantes regionales: la mayor, con un minero de apellido Lastarria y la otra, con un comerciante inglés recién llegado al país, Edmundo Eastman. Urmeneta se casó en 1832 quedándose definitivamente en esta zona, rodeado de parientes políticos dedicados a la minería y el comercio.

Pronto derivó hacia la minería, ayudado por sus parientes políticos. Las motivaciones estaban a la vista: el ejemplo de Carlos Lambert, quien había comprado, en 1827, las arenillas de la fundición de Guamalata a Bernardo del Solar haciendo una gran fortuna; la creciente demanda de metal rojo, los numerosos extranjeros que se aventuraban en la minería estimularon el espíritu de empresa de Urmeneta.

El mineral de Tamaya

El mineral de Tamaya está situado a unos veinte kilómetros al noroeste de la ciudad de Ovalle. La altura más elevada del cerro es de unos 1.200 metros, con una pendiente bastante pronunciada y escabrosa.

Su explotación se remonta a la Colonia. En la década del 1820, Bernardo del Solar trabajaba minas en el lugar y había instalado en la estancia de Guamalata un importante ingenio para la fundición de cobre. El ingenio de hornos de manga solamente podía procesar minerales de color, los oxidados que se encuentran en la parte superior del yacimiento; cuando procesaban sulfuros, salía una mezcla quebradiza llamada "arenillas", que era tirada como escoria.

A principios de la década del 1830, Carlos Lambert llegó hasta el mineral y compró por un precio ínfimo las "arenillas" del ingenio de Guamalata; aplicando el sistema de reverbero y calcinación se eliminaba el azufre y se obtenía un cobre de buena calidad. Esta situación provocó un nuevo desarrollo en el mineral, permitiendo la explotación de los minerales sulfurados. Las viejas minas que habían sido declaradas en broceo volvieron a trabajarse, estimulados, además, por la creciente demanda de cobre.

El mineral de Tamaya presentaba la misma formación geológica de los demás minerales del norte. Predominaban las rocas graníticas de gran dureza, presentando en sus faldeos arcilla, producto de las lluvias. En las partes superiores de las vetas presentaba oxidados de cobre y en sus zonas inferiores, abundantes sulfuros de cobre que eran la riqueza del yacimiento.

Existían varias corridas de vetas, pero sólo una de éstas dio celebridad al mineral. Francisco Marcial Aracena, en su libro de 1884 sobre *La industria del cobre en las provincias de Atacama y Coquimbo*, la describía de la siguiente manera: "la corrida de nuestra referencia, que es compuesta de dos vetas que corren paralelamente en toda la extensión donde se encuentran las minas principales, y que a veces casi forman una sola, tiene un rumbo o dirección norte a sur, con manteo a la parte occidental o inclinación de 48 a 50°. En su trayecto estas dos vetas solo se desvían casi imperceptiblemente un poco en sus dos extremidades, con inclinación diversa en sus dos partes,... la veta que corre a la parte oriental denominase Veta Negra y la otra Veta Verde ... Un gran inconveniente presentan las vetas de Tamaya ... Nos referimos a su flexibilidad, poca consistencia en el cerro, siempre expuesto a los grandes derrumbes o atierros ... las vetas secundarias son las más abundantes ... muchas de estas vetas secundarias o de segundo orden o tercer orden han sido ricas y valiosas como las dos principales".

Las principales minas estaban en posesión de algunas familias como los del Solar, Ariztía, Lecaros y Guerrero. Bernardo del Solar había repartido sus minas (Pizarro, Chaleco, Canal, Portezuelo, y El Morado) ubicadas en la veta principal, entre sus hijos Bernardo, José María, Fermín y Gaspar; Mariano Ariztía, cuñado de Urmeneta, poseía numerosas minas: Almagro, Mercedes, Arenillas, Murciélagos, Bandurrias, Potreritos, Mantos; Calixto Guerrero, que pertenecía a una antigua familia de la zona, tenía las minas Campanil, San Lázaro, Vulcano y Las Ánimas; y Ramón Lecaros poseía varias, la principal era la mina Rosario.

Todos estos mineros, a partir de la década del 1830, debido a la creciente demanda del cobre y a la posibilidad de aprovechar los sulfuros de cobre, comienzan nuevas inversiones para ahondar los piques y explotar las minas al nivel de los sulfuros.

El minero Urmeneta

En octubre de 1833, a la edad de veinticinco años, José Tomás Urmeneta denunció la mina denominada Las Mollacas, ubicada en una de las vetas secundarias del mineral de Tamaya; no sabemos si tenía alguna experiencia como minero, pero es probable que en el tiempo que se desempeñó como empleado de Ariztía se haya interiorizado de estas labores. Esta mina había sido abandonada por su último poseedor Mariano Ariztía, es posible que éste se la cediese, pues a la fecha actuaba como gobernador de Ovalle y juez de minas.

De dónde obtuvo el capital para emprender estas labores, es una interrogante no resuelta. La suma que se necesitaba no era tan alta y es probable que la haya reunido trabajando para Ariztía o bien a través de un préstamo de su cuñado.

Recién comenzada a trabajar la mina, la fortuna lo favoreció: se encontró con un rico clavo de bronces morados, 66 a 68% de ley, de gran demanda en Londres, que le dio una pequeña riqueza, la que utilizó para emprender nuevos trabajos mineros. Vicuña Mackenna calcula la suma de doscientos mil pesos en dos años.

Alentado por estos resultados, emprende nuevas labores mineras, denunciando, en septiembre de 1834, una mina abandonada en el mineral de Tamaya, denominada El Durazno. De inmediato inició la elaboración de un pique vertical para alcanzar la veta. Al año siguiente, Mariano Ariztía, como Gobernador y juez de minas, y Bernardo del Solar como perito facultativo, hicieron un reconocimiento de dicha veta: "encontrandose que su rumbo y dirección es de 'sur a norte' su hechado o manteo al poniente, su anchura media vara, respaldo o cajas firmes y en actual laboreo un pique en ordena de doce estados, broceado y duro en sus remates y más al norte otras dos boca minas, la primera en ordena de catorce estados á fronton sus remates broceados y la segunda en ordena de veinte estados en destierro".

Durante los ocho años siguientes, trabaja ambas minas, Las Mollacas y El Durazno o El Pique. La mina El Durazno, llamada posteriormente El Pique, por los tres piques elaborados para su explotación, es trabajada por Urmeneta en forma moderna, es decir, un primer pique en forma inclinada siguiendo la veta y, luego, frontones horizontales a uno u otro lado del primer tiro, obteniendo con ello mayor comodidad, economía de tiempo y dinero, descartando el viejo sistema de chiflones confusos en forma de laberintos, característicos de la época colonial. A una profundidad de 79 varas, se había logrado llegar a la veta principal del mineral y comenzar su explotación.

A partir de la década del cuarenta comienzan los problemas para los mineros de Tamaya: inviernos muy lluviosos inundan las minas, y es muy difícil evacuar las aguas con rapidez debido a la profundidad alcanzada. Los tornos y malacates de sange se hacían insuficientes para desaguar las minas. La solución era realizar socavones, a partir de la ladera del cerro, que cortaran la veta a la altura del fondo del pique. A través de este túnel se podía fácilmente extraer el agua y los minerales y, a la vez, se podían explotar las vetas de minerales que se encontraran en el camino del túnel.



Durante casi veinte años (1833-1850), José Tomás Urmeneta trabajó sus minas en el mineral de Tamaya, con la esperanza de dar con el rico filón que lo haría millonario (Album Sra. Carmen Errdzuriz).

Esta obra, sin embargo, requería una gran inversión, y su elaboración era muy complicada. La dureza de la roca sólo permitía avanzar lentamente y la poca fracturación del cerro provocaba constantes derrumbes, siendo preciso emplear grandes cantidades de madera para asegurar la firmeza del túnel. Al menos dos socavones se inician en la década del cuarenta para facilitar la extracción del agua, los minerales y la explotación de nuevas vetas.

Calixto Guerrero inició, en 1840, en sociedad con Ramón Lecaros, un importante túnel conocido como "Socavón Lecaros". Éste era un proyecto monumental, que pretendía cortar a gran profundidad la veta principal de Tamaya, explotando en su camino, las minas Las Ánimas, San Lázaro, Campanil y las que encontraran.

El otro socavón es iniciado en 1842, por Urmeneta. La mina El Pique, debido a la profundidad alcanzada y a las lluvias de invierno se inunda, siendo necesario perforar una labor horizontal para extraer el agua. Para ello, solicita el 5 de noviembre el permiso respectivo: "trabajo actualmente una mina de metales de cobre nombrada el Durazno ó el Pique cuyos planes de poco tiempo á esta parte se han inundado con agua; y siendo muy costosa su extracción por medio del torno que hay en el tiro e insuficiente este en la estación lluviosa para mantener las labores secas y en estado de trabajarlas, me he resuelto despues de un prolijo reconocimiento y medidas tomadas por peritos inteligentes, a emprender la costosa obra de un socavón por la parte del poniente del cerro... como así mismo adjudicarme todas las vetas y guías que en su transito descubriere teniendo por denunciadas las abandonadas y con las demás privilegios y excepciones que me concede la citada ordenanza".

Es indudable que las minas de Urmeneta estaban entregando beneficios económicos que posibilitaron iniciar esta obra. Al mismo tiempo, había denunciado otros yacimientos en el mineral: en 1843 denunció la mina Crucero Viejo, y en 1844 las minas Caletón de Tamaya y Mina Nueva. En Andacollo, enero de 1846, había iniciado una sociedad con el fin de iniciar la explotación de una antigua mina de oro llamada El Toro, la cual poseía un socavón de atravesio corrido de 115 varas. La sociedad la formaban José Tomás Urmeneta, su hermano Jerónimo Urmeneta y Augusto Braeuninger, quienes aportarían el capital, y Pantaleón Guerrero que se haría cargo de los trabajos para desaguar la mina. Al año siguiente, los Urmeneta continuaron solos con el trabajo. Tres años después, en 1850, el socavón de 217 varas de largo y $4\frac{1}{4}$ de ancho, cortó la veta de oro llamada "La Meléndez", nombrándose a Antonio Alfonso, uno de los primeros y más distinguidos alumnos de Domeyko, como administrador y socio. Los Urmeneta habían gastado la suma de \$ 4.702.

Los beneficios empresariales lo convierten en figura importante en el mundo regional del Norte Chico. En 1846 es electo diputado propietario por Ovalle; en virtud de su nuevo rango, y como minero emergente, construye una casa en Santiago, donde se trasladan sus tres hijas. Dos años después (1848), sus hijas están viviendo en Valparaíso, donde reciben una educación de tipo inglés. Por su parte, Urmeneta y su esposa, están viviendo en la hacienda de Guallillinga (Ovalle) la cual han comprado a Mariano Ariztía. En 1849 es reelecto diputado por Ovalle, pero renuncia al cargo seguramente por los problemas que venía enfrentando su empresa minera.

En Tamaya, después de cinco años de trabajo (entre 1843 y 1847), ninguno de los dos socavones iniciados, el de Urmeneta y el de Lecaros, estaban concluidos. Dos factores habían conspirado para retrasar las obras: la excesiva dureza de la roca y el gran desnivel en que habían sido iniciados los socavones para cortar la veta principal, haciendo que los túneles tuvieran gran longitud.

En 1847, decide iniciar una nueva labor horizontal, con menor profundidad respecto a la veta y –por tanto– más corto, debido a las inundaciones de la mina, solicitando el permiso respectivo: "la mina cuyos planes como

todas las demás minas estan en agua, y habiendo intentado un socavón para la evacuación de dichas aguas a la parte del poniente del cerro, el cual se ha seguido trabajando desde el año 1842 con el mayor empeño y constancia sin reparar en gastos; pero desgraciadamente es tan estrema la dureza de la roca que solo se ha podido avanzar poco más de la tercera parte de la distancia para comunicar a la veta y a fin de cumplir lo más pronto posible con lo mandado en el articulo 1º y 2º del articulo 16 de las ordenanzas de minería me veo en la necesidad de emprender otro socavón mucho más corto por la parte del oriente del cerro y sin perjuicio de seguir trabajando el de la parte del poniente".

En septiembre de 1848, el nuevo socavón cortó la veta principal, después de 120 varas de excavación por una roca muy dura, continuando el trabajo hasta cortar las demás vetas. Grande era la satisfacción de Urmeneta, como lo expresa en un requerimiento: "las grandes ventajas que me han resultado de esta obra están a la vista de usted, ella asegura y para siempre la completa disecación de la parte superior desde el punto donde se cortan hasta la superficie desaguándose naturalmente por el socavón todas las aguas y filtraciones que en el haya y facilitando al mismo tiempo el desague artificial de las bombas que están con torno y poco eficaz por el tiro o pique de explotación y desague".

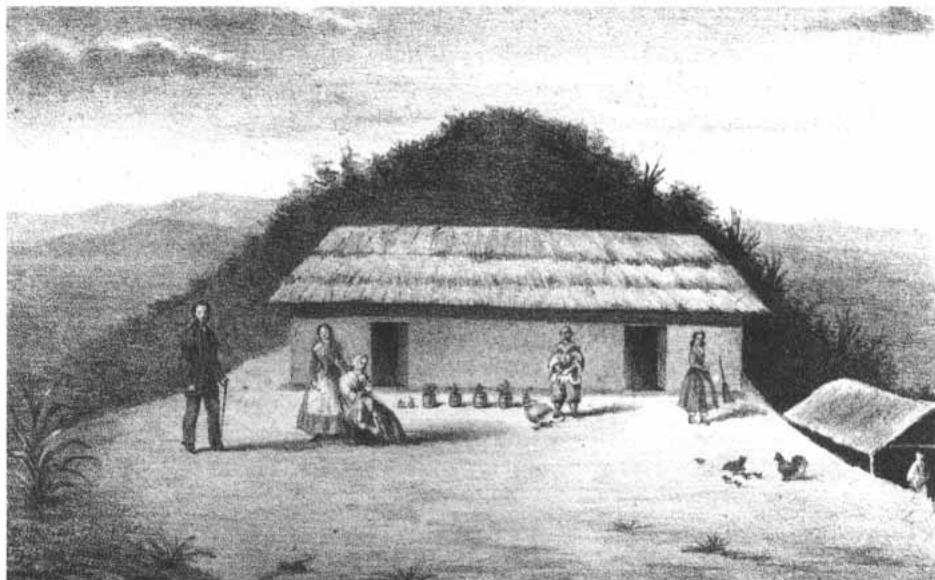
Este socavón le permitió un respiro, pudo continuar la explotación de la mina ahondando su profundidad, y recuperarse económicamente de los gastos de los túneles emprendidos. Sin embargo, al año siguiente (1849), nuevamente se encontraba en problemas para continuar la explotación de la mina: debido al ahondamiento del pique, el socavón corto había sido superado y nuevas lluvias habían inundado las minas: "los actuales planes de la mina del Durazno o Pique se encuentran a gran profundidad mucho más bajo que el socavón y continuándose los trabajos con la misma actividad y empeño sin reparar en sacrificios ni gastos, cada día se aumentara su ondura y el agua, mientras que el socavón del lado del poniente aun cuando se trabaja con empeño, por su extremada dureza será obra de muchos años. Faltandole aún más de 300 varas para concluirlo". Urmeneta se refiere al socavón iniciado en 1842, por el lado poniente del cerro, para explotar la veta a gran profundidad, sin temor al ahondamiento que lo dejase inutilizable.

Esta situación lo llevó a solicitar permiso para iniciar un tercer socavón, en febrero de 1849: "espuesto el deseo de evitar una nueva inundación de agua en tan interesante mina donde tan solo la alagueña esperanza del minero llevo gastado ingentes sumas de dinero me han obligado a examinar el cerro por la parte del oriente y decidirme a emprender otro socavón más bajo que el primero por aquel lado y que cuelgue los planes actuales de la mina; grande y dispendiosa sera la obra para mi particular y no pocas las dificultades, pero así sera en proporción el beneficio que resultara de ella".

Los problemas que se enfrentaban eran graves, y sólo a través del sistema de socavones era posible continuar las labores de la mina, como indicaba el perito –de apellido Garmendia– en un informe para la autorización del socavón: "que la cantidad de agua aun en esta estación termica es tan grande que imposibilitara en pocos años más el laboreo de la mina del Durazno o

Pique en planes, pues segun la formación geologica del cerro y su localidad en el centro de la corrida de vetas y su hundimiento longitudinal causando una aglomeración de las aguas no solo de lluvias, sino también de las minas vecinas para las cuales la del Durazno es un recipiente por estar en más profundidad, en seco y ser la unica mina de la corrida donde se mantiene su desague; trabajando sus planes con empeño y con el orden que necesitan tales obras; si este es el estado presente como sera con la mayor profundidad, con la cual siempre aumentaran las aguas segun la experiencia, ¿y en las estaciones lluviosas? Claro que se arruina la mina y no hay probabilidad humana de evitarlo, a no ser por el desague natural y seguro del socavón que se intenta".

La magnitud de las obras que emprendió y los costos necesarios para llevarlas a cabo, lo llevaron a una virtual bancarrota. Las posibilidades de conseguir el dinero eran varias: podía recurrir a los habilitadores, pero ésta no era una buena alternativa, debido a las condiciones desfavorables para el minero; otra alternativa era conseguir un socio capitalista. En el invierno de 1850, viaja a La Serena y ofrece una sociedad a Carlos Lambert; el alsaciano, no deseando formar sociedad, y seguro del valor de las minas, ofreció a Urmeneta una suma cercana a los quinientos mil pesos por todas sus propiedades y derechos en las minas de Tamaya. Al no aceptar la propuesta, y falto de recursos para continuar y con la necesidad de terminar el socavón para desaguar la mina, recurrió a su cuñado Mariano Ariztía, quien le facilitó la suma de cuarenta mil pesos para continuar la obra.



*José Tomás Urmeneta y su familia en su casa de Tamaya, 1848. Esta litografía de un dibujo de Luis Fernando Rojas, en *El libro del cobre y del carbón piedra en Chile*, de Benjamín Vicuña mackenna, ayudó a formar el mito de un Urmeneta en la ruina y "medio loco" que solo por un golpe de suerte alcanzaría la fortuna.*

Con este dinero pudo continuar las labores de su mina y la construcción de los socavones. En octubre de 1852, cuando más lo necesitaba, la fortuna vuelve a tocar a Urmeneta: las labores del frontón Campino, uno de los piques de la mina, dan con el principio de un rico "alcance y clavo de metal" que entrega bronces morados con 60% de ley; la riqueza que significa esta veta permite proseguir las labores de explotación de la mina y la continuación de los socavones.

En noviembre de 1853, inicia un socavón corto, por la parte del poniente del cerro, de una longitud de 220 varas para cortar la veta a la altura del nuevo rico alcance para permitir la ventilación y extracción de dicha mina. Dos años más tarde (1855), el socavón de atravesio, iniciado en 1849, por la parte del oriente del cerro, con una longitud de 350 varas de largo, corta la veta, en momentos en que el tiro de la mina se hallaba a unas 250 varas verticales de profundidad, facilitando aún más la explotación de la mina.

En 1857, el diario *El Ferrocarril* entregaba información sobre el estado de las principales minas de Tamaya: la mina El Pique explotaba diariamente seiscientos a setecientos quintales de mineral de cobre de buena ley, con 360 trabajadores; la mina Rosario, de la testamentaria de Ramón Lecaros, producía de cuatrocientos a quinientos quintales diarios, con 95 trabajadores; en la mina Pizarro, de Bernardo Solar Vicuña y Cía., se hacían trabajos de despuentes; la mina Almagro de los Ariztía, estaba con labores de beneficio de bronces amarillos y el socavón Lecaros, que tenía un largo de 408 varas y un tiro de hondura de 930 pies verticales, produciría al año entrante.

La riqueza en cantidad y calidad de ley de los minerales que entregaba la mina de Urmeneta, estuvo acompañada de un alza extraordinaria de los precios del cobre a nivel mundial, producto de la guerra de Crimea; los precios llegaron, en Valparaíso, sobre los veinte pesos, y aun más "al de 23, 24, y aun 25 pesos en nuestros propios mercados". Esta doble combinación de aumento extraordinario de la producción y ley del mineral, más el incremento del precio internacional del cobre convirtió en un corto número de años, a José Tomás Urmeneta en uno de los hombres más ricos del país.

La década del cincuenta comienza brillante para los hermanos Urmeneta: José Tomás es uno de los nuevos mineros millonarios y vuelve al Parlamento como diputado por Elqui, el período 1852–1855; su hermano Jerónimo, que había regresado al país en 1834, después de pasar por variados puestos de la administración pública, es nombrado Ministro de Hacienda por Manuel Montt, en diciembre de 1850. A partir de 1853, Urmeneta comenzará una larga serie de inversiones en minería, fundiciones, haciendas, ferrocarriles, etc., siendo conocido como uno de los empresarios más importantes de la segunda mitad del siglo xix.

El nuevo capital y las inversiones

El capital

Las utilidades generadas por la minas de Tamaya permitieron a José Tomás Urmeneta instalarse en Santiago, iniciando en la década de 1850 inversiones

en las áreas más dinámicas de la economía chilena de mediados del siglo pasado. De esta forma, a los 45 años, se sumaba al círculo de los ricos mineros de la plata y el cobre, que empezaban a conformar un nuevo grupo empresarial al trasladarse ellos mismos y sus capitales hacia el centro del país, en un momento en que la economía chilena experimentaba un rápido crecimiento económico.

¿Cuál era el capital con que contaba Urmeneta para iniciar sus inversiones? Para responder, es necesario preguntarse qué utilidades producían las minas de Tamaya. La única información que tenemos la entrega Vicuña Mackenna en su libro del cobre: "Producto del Pique desde 1852 a 1864, en que no se llevó una cantidad regular 5.000.000". El promedio del valor de la producción de la mina el Pique para estos trece años es de \$ 384.615 anuales; habría que descontar los costos de producción para saber efectivamente el monto de las utilidades, pero la información que tenemos no permite calcular esos costos para conocer el valor real de las utilidades.

Otro método, es plantear que las inversiones realizadas por Urmeneta entre 1850 y 1859 corresponden a capitales generados por las minas de Tamaya. Por lo tanto, la suma de las inversiones realizadas en estos años corresponderían, prácticamente en su totalidad, a utilidades generadas por las minas.

Entre 1855 y 1856, realizó inversiones, verificadas notarialmente, por setecientos mil pesos con un promedio de trescientos cincuenta mil pesos anuales. Para los mismos años, el total de exportaciones de cobre y plata, en minerales barras y ejes, del país alcanzó los \$ 4.457.356, lo que permite hacernos una idea de la magnitud de la fortuna.

En 1859, tenía inversiones, verificadas notarialmente, por \$ 1.236.156. Es posible inferir, a partir de las tres informaciones, que las utilidades de las minas de Tamaya en los mejores años de la década de 1850, fueron, como mínimo, del orden de los doscientos cincuenta mil pesos anuales, descontando los costos de producción, fletes y comisiones.

Empresas y sociedades

Lo primero que hace Urmeneta es su instalación definitiva en la capital del país. Compra la casa vecina a la suya en la calle Monjitas y comienza su reificación para convertirlas en una gran mansión. También adquiere varias propiedades en las afueras de la ciudad para construir una gran casa quinta. Además, participa en la vida política como diputado por Elqui.

Las primeras inversiones productivas se relacionan con las minas que están entregando la riqueza. En 1853, inició un socavón corto para cortar la veta a la altura del rico "alcance" encontrado, facilitando la extracción y ventilación; avanza en la construcción de los socavones iniciados en la década de 1840 y denuncia minas abandonadas y descubiertas en el paso de los túneles.

El mismo año, realizó inversiones menores en dos sociedades que surgen en Santiago. La primera es una sociedad anónima llamada Molinos San

Cristóbal, que surgía motivada por el auge de la exportación de trigo y harina a los mercados de California y Australia. La segunda sociedad es la Fábrica de Tejas y Ladrillos.

Los capitales invertidos son de bajo monto, en comparación con los que invertiría al año siguiente. Esta situación nos lleva a pensar que las grandes utilidades comenzaron a llegarle a fines de 1854 y principios de 1855. Es lógico suponer que los grandes volúmenes de mineral comenzaran a producirse a mediados de 1853 y que fueran entregados en consignación para su venta, a una casa mercantil extranjera, probablemente Alsop y Cía., produciéndose la natural tardanza en la liquidación de la venta y entrega de los dineros respectivos.

En 1855, cuenta con un gran capital y realiza negocios de envergadura al nivel de los más importantes empresarios del país, ocupando un lugar en el nuevo grupo empresarial. Sus inversiones se vuelcan hacia el sector financiero. Instalado en Santiago, se cuenta entre los más importantes prestamistas de la ciudad. En septiembre de ese año participa, en Santiago, junto a otros empresarios mineros en la formación de la sociedad anónima Compañía del Ferrocarril de Sur que contaba con el apoyo del Estado. Tomó cincuenta acciones de mil pesos cada una, y además resultó elegido como miembro del directorio y presidente de la compañía. A fines del mismo año, se reunían en Valparaíso los principales comerciantes, representantes de casas mercantiles extranjeras y empresarios mineros, para llevar a cabo la fundación del primer banco en la ciudad. En la sociedad anónima denominada Banco de Valparaíso, Urmeneta tomó cien acciones de quinientos pesos cada una. Por la misma fecha sabemos que había tomado acciones por cinco mil pesos en la Compañía Chilena de Seguros que había organizado Edwards en Valparaíso, en 1853.

La última inversión financiera la realiza al finalizar el año, cuando participa en una sociedad colectiva para formar una casa de crédito Bezanilla, Mac Clure y compañía. En la sociedad participaban Matías Cousiño, José Tomás Urmeneta y Domingo Matte como socios principales, aportando cada uno la suma de \$ 270.000. En menor escala, participaban la casa mercantil de Salas Bascuñán y Cía. y la casa de crédito de Bezanilla Mac Clure.

También realiza inversiones mineras, comprando las minas vecinas a la mina el Pique y varias de plata, cobre y oro en la provincia de Coquimbo; al mismo tiempo, invierte en bienes raíces en Santiago.

Aparte de su destacada labor empresarial, participa activamente en política, siendo nombrado consejero de Estado en 1853. Dos años después resulta elegido Senador por el período 1855-1864, integrándose a la comisión de Hacienda y como miembro del consejo de administración de la Caja de Crédito Hipotecario, creada el mismo año –1855– por el gobierno para satisfacer la demanda de crédito agrícola.

En 1856, se aleja del sector financiero y emprende la formación de sus propias empresas: la Sociedad Chilena de Fundiciones y la Empresa de Alumbrado a Gas de Santiago. En mayo, es el principal gestor de la Sociedad Chilena de Fundiciones, cuyo objetivo era la compra y beneficio de minerales

de cobre y plata; la sociedad se proyectaba en la provincia de Coquimbo, instalando fundiciones en Guayacán, Tongoy y Totoralillo. Inmediatamente, la empresa inició la construcción de las fundiciones, a cargo del administrador Alison, Urmeneta tomando la presidencia y la natural dirección del negocio. Como complemento de esta inversión, participa de una sociedad para la explotación de minas de carbón en la zona de Lota y Coronel, en compañía de Jerónimo Urmeneta y los hermanos penquistas Isidoro y Teodoro Cotapos, quienes llevarían la marcha del negocio.

En mayo de 1856, la Municipalidad de Santiago llamó a presentar propuestas para la introducción del alumbrado a gas hidrógeno en la ciudad. En el aviso, señalaba las calles por iluminar y la posibilidad de entregar el privilegio exclusivo, por una cantidad de años, para tener el monopolio en el alumbrado. Se presentaron dos propuestas, ganando la de Maximiano Errázuriz con la fianza y codeuda solidaria de su suegro José Tomás Urmeneta.

Maximiano Errázuriz Valdivieso había nacido en Santiago, en 1832, fruto del tercer matrimonio de su padre Francisco Javier Errázuriz Aldunate con Rosario Valdivieso Zañartu. Del matrimonio, nacieron Maximiano y Crecente Errázuriz Valdivieso. La madre de los pequeños era hermana del arzobispo de Santiago Rafael Valentín Valdivieso, quien se hizo cargo de la familia cuando murió el padre, instalándolos en un modesta casa contigua a la del tío Arzobispo en la calle Santa Rosa.

Maximiano estudió la carrera de matemáticas, titulándose de balícher en 1851 y comenzando a trabajar de inmediato como agrimensor general de la república, cargo que desempeñó en Valparaíso. En el puerto, pronto derivó hacia el comercio, formando en 1853 una sociedad con el joven Guillermo Larraín, llamada Larraín y Errázuriz, que funcionaba como una casa de consignación de frutos del país; al mismo tiempo, cumple diversos encargos como representante de los negocios de su tío Arzobispo en el puerto y participa de la sociedad mercantil de Valparaíso.

En una de las tantas fiestas que se organizaban, Errázuriz conoció a Amalia Urmeneta, hija del rico minero, que estudiaba en un colegio privado del puerto. Por la correspondencia entre Errázuriz y Rafael Ariztía Urmeneta, primo de Amalia, sabemos que fue Ariztía el que promovió a Maximiano dentro de la familia Urmeneta y sirvió como un verdadero cupido en el romance de los jóvenes. En 1855, Errázuriz pidió la mano de Amalia: "se declaró a Amalia en 1855, ella le dió el si en el acto, con inmenso gusto y con tan favorables ojos vio don José Tomás el casamiento que cuando el día siguiente del compromiso privado fue don Maximiano a pedirle la mano a su hija a don José Tomás no le dio tiempo de hablar sino que se anticipó a decirle 'ya se a que viene usted y tiene usted de antemano concedido lo que pide'". Se casaron a fines de 1855, continuando Errázuriz en el puerto a cargo de sus negocios. Un año después, Urmeneta, que no tenía hijos, lo incorporaría como socio en uno de sus negocios, precisamente el del gas.

En octubre se firmó el contrato entre la Municipalidad y Errázuriz, con la fianza de Urmeneta. Sobre la base de éste surgió la Empresa de Alum-

brado a Gas de Santiago; inmediatamente Urmenate y Errázuriz procedieron a levantar una fábrica de gas en el barrio de San Miguel, y en el plazo requerido tenían iluminadas las calles de la ciudad ofreciendo, además el Alumbrado a Gas en las casas particulares.

La actividad de Urmenate durante los años siguientes se concentró en cuatro grandes negocios: las minas de Tamaya, a cargo de un administrador; la Empresa de Gas de Santiago, dirigida en colaboración con su yerno Errázuriz; la Compañía del Ferrocarril del Sur y la Sociedad Chilena de Fundiciones. El resto de sus inversiones son seguidas desde la distancia como un socio capitalista, sin participar en la administración.

A partir de 1857, una crisis económica había comenzado a sentirse con fuerza en el país, produciendo una gran contracción monetaria y crediticia, que repercutió sobre mineros, agricultores e industriales, provocando ruidosas quiebras que disminuyeron notablemente las actividades comerciales.

La crisis, que tuvo efectos desastrosos sobre un importante número de empresas, afectó a una de las más importantes empresas de Urmenate, la Sociedad Chilena de Fundiciones. La empresa, con la dirección de Urmenate y la administración de Allison en el norte, había levantado fundiciones en Guayacán y Tongoy; construido un camino para unir el mineral de Tamaya con Tongoy. A fines de 1858, la crisis se dejó sentir con fuerza, la Sociedad Chilena de Fundiciones está en grave situación al finalizar el año. Adeuda a su agente y habilitador, Gibbs y Cía., la suma de seiscientos mil pesos que había recibido en adelanto los que no tenía cubierto con metales.

Al comenzar 1859, la compañía entró en liquidación. Urmenate, que había quedado solo luchando por mantener el negocio, realizó una serie de maniobras para superar la crisis. En febrero de 1859, sobre la base de su empresa de gas organiza en Santiago la sociedad colectiva Urmenate Errázuriz y Cía, con un capital de trescientos mil pesos. En ella participaban (como socios) Urmenate y sus dos yernos, Maximiano Errázuriz y Adolfo Eastman. El objeto era explotar la fabricación del alumbrado de gas y extender su consumo en la capital.

Adolfo Eastman era hijo de un comerciante inglés, Edmundo Eastman y de la serenense Tomasa Quiroga. Nació en Ovalle en octubre de 1835, y como buen inglés, su padre lo envió a estudiar a Inglaterra cuestiones mercantiles. Por consejo de su tío, Urmenate, se trasladó a Alemania en 1852 para estudiar en la escuela de minas de Sajonia. Al regresar a Chile, su tío lo nombró segundo administrador de las minas de Tamaya. Dos años después, se casaba con su prima Manuela Urmenate, incorporándose a la familia.

Al crearse la nueva compañía, Urmenate entrega en calidad de dote \$ 125.000 a cada uno de sus yernos. Errázuriz e Eastman recibieron solamente la mitad en dinero efectivo y la otra parte \$ 75.000 en la cuarta parte de la Sociedad Urmenate y Errázuriz para administrar el negocio de alumbrado de gas en Santiago. Esto demuestra que, a pesar de la crisis de la Sociedad Chilena de Fundiciones, las minas de Tamaya continúan entregándole cuantiosas sumas de dinero que le permiten salir adelante, esta vez con la ayuda

de sus yernos, cuando los socios han abandonado la empresa de fundiciones y lo han dejado solo.

Urmeneta emprende la superación de la crisis en que se encuentra el negocio de fundiciones, y bajo el amparo legal de la nueva sociedad renegocia la deuda con Gibbs y Cía. y se comprometiéndose a pagar en tres años, en cuotas de doscientos mil pesos. El negocio de fundiciones pasa a ser administrado por la nueva sociedad y celebran un nuevo contrato con Gibbs y Cía. para que continue como agente y habilitador de las fundiciones.

La nueva sociedad Urmeneta Errázuriz y Cía., es dirigida por Urmeneta personalmente, y por sus yernos como socios administradores. Errázuriz se traslada a Guayacán y se hace cargo de la liquidación de la Sociedad Chilena de Fundiciones y la continuación del negocio bajo la nueva compañía. Eastman permanece en Santiago frente a la empresa de gas, como administrador.

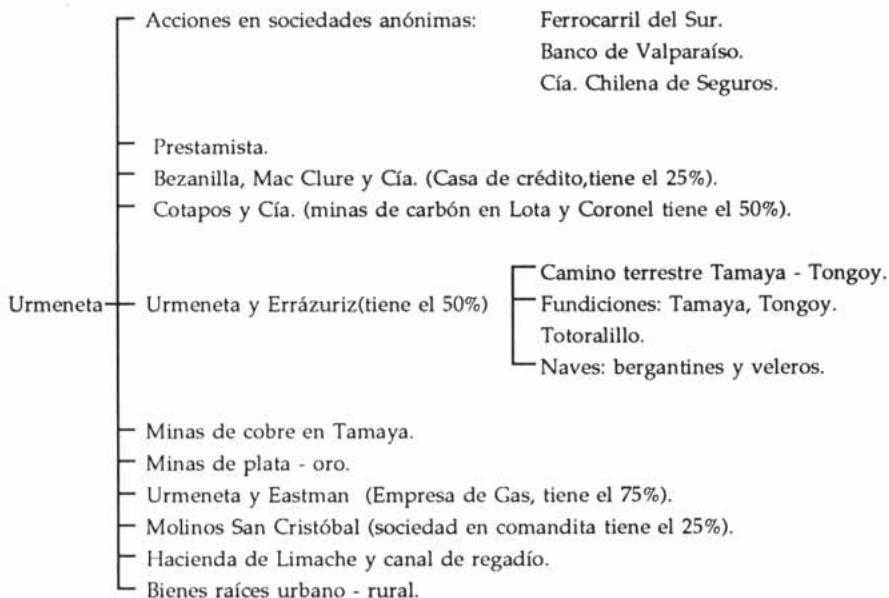
Al año siguiente, la crisis es superada, el negocio de fundiciones marcha en gran forma bajo la administración de Errázuriz, igual cosa sucede con la empresa de gas de Santiago. Como muestra del auge de los negocios, Urmeneta no tiene problemas para pagar la cuota de doscientos mil pesos a Gibbs y Cía., y adquiere una hacienda en Limache por \$ 252.000, pagando al contado 124.000; al mismo tiempo, compra un canal en construcción para regar la hacienda, comprometiéndose a pagar al año siguiente \$ 94.000. Con esta inversión buscaba diversificar su capital en empresas fuera de la minería, como refugio ante el inestable negocio minero.

A fines de 1860, decide separar ambos negocios por su incompatibilidad, formando dos nuevas sociedades, una para las fundiciones y otra para la empresa de gas. En diciembre de 1860 se forma la sociedad colectiva Urmeneta y Errázuriz, para continuar el negocio de la fundición de metales. Al año siguiente, compraba la parte del negocio del gas que pertenecía a Errázuriz y formaba la sociedad colectiva Urmeneta y Eastman para explotar la fabricación del gas de alumbrado. Era una manera de incorporar como socios a sus yernos, ayudándolos a progresar y, al mismo tiempo tener gente de absoluta confianza dirigiendo sus negocios.

Durante los años en que Urmeneta estuvo luchando por sacar a flote su empresa de fundiciones, las demás inversiones realizadas en bienes raíces, financieras y de tipo industrial no se vieron afectadas, en el sentido de retirar sus capitales. Por el contrario, sus inversiones en minería se incrementaron, compró nuevas propiedades y mantuvo sus inversiones financieras, además de incursionar en agricultura, comprando la hacienda de Limache y su canal de regadio. En 1861, el capital está diversificado en empresas individuales, colectivas, en comandita y anónimas, cubriendo la mayoría de las áreas de la economía nacional: minería, agricultura, industria y finanzas.

Como observamos, durante la década de 1850, Urmeneta invierte su capital diversificando sus inversiones en diferentes áreas económicas con el fin de minimizar los riesgos. En el fondo, seguía la tendencia empresarial de la época. Sin embargo, había mantenido como núcleo central de sus negocios la minería, sobre la base de nuevas inversiones en sus minas y el

ESTRUCTURA DE SUS NEGOCIOS EN 1861



levantamiento de la empresa de fundiciones, marcando una tendencia hacia la especialización productiva y la integración vertical del negocio minero. En las décadas siguientes, luchará por mantener este imperio económico enfrentando crisis económicas y las poderosas casas mercantiles extranjeras.

Las principales inversiones

El complejo minero metalúrgico de Urmeneta

La Sociedad Urmeneta y Errázuriz, acordada en diciembre de 1860, era una sociedad colectiva en la que participaban José Tomás Urmeneta y su yerno Maximiano Errázuriz. Su objeto era: "trabajar en la fundición de metales abrazando en consecuencia las especulaciones conexionadas con el fin primordial de la sociedad como ser la compra de metales, carbón, trabajos de minas, operaciones de transporte, etc".

El capital social era de setecientos mil pesos, de los cuales Urmeneta aportaba quinientos mil y Errázuriz doscientos mil pesos. Urmeneta enteraba su cuota con el saldo de la liquidación de la Sociedad Chilena de Fundiciones (\$ 276.665,2), la mitad de las utilidades líquidas que resultaran al 31 de junio de 1861 de las operaciones de Urmeneta Errázuriz y Cía, y el resto en dinero efectivo; Errázuriz enteraba su capital con la otra mitad de las utilidades antes mencionadas, y el resto en efectivo. Por los trescientos mil pesos que

había de diferencia entre Urmeneta y Errázuriz la Sociedad, abonaría al primero un interés anual de un 8%, pudiendo devolverlo cuando le convenga, el todo del aporte de dicho exceso, para evitar pago de intereses. Errázuriz sería el socio gerente, y tendría su residencia en el domicilio legal de la Sociedad: Guayacán.

A comienzos de 1861, la empresa mantenía un nivel de operaciones importante, penetrando en los minerales de Huasco y Freirina, y mejorando la infraestructura de las fundiciones. Sin embargo, las fuertes deudas con Gibbs y Cía. tenían a la empresa en serios problemas. Dos gestiones realizadas por Urmeneta permiten superar la crisis financiera: en primer lugar, consigue renegociar con Gibbs y Cía. el pago de la deuda y terminar el contrato de agencia y habilitación que mantenían, en medio de tirantes y conflictivas relaciones con la casa mercantil inglesa y en segundo lugar, llega a un acuerdo con A. Edwards para que se convierta en el agente exclusivo para la comercialización del cobre de Guayacán abriéndoles un elevado crédito. A fines de 1863, la buena marcha de los negocios permite pagar las deudas, terminar la agencia con A. Edwards y continuar con sus propios recursos la marcha del negocio.

Con capital fresco y una estabilidad en la demanda y precios del cobre, durante la primera mitad de la década de 1860 la empresa pudo superar sus problemas financieros y reiniciar inversiones. Las fundiciones (Guayacán, Tongoy y Totoralillo) fueron modernizadas, en especial Guayacán, al tiempo que se instalan otras nuevas en los puertos de Carrizal Bajo y Huasco, en la provincia de Atacama. Para ampliar operaciones habían instalado una agencia para la compra de minerales, habilitación y trabajos de minas en Vallenar. El mismo año, establecían una sociedad con Juan MacKay para explotar minas de carbón en la zona de Lebu, permitiendo, a la empresa, contar con sus propias fuentes carboníferas. Además, contaban con su propios barcos, entre ellos varios vapores, para el traslado de los minerales y el carbón desde los lugares de producción hasta las fundiciones.

El mismo año, convertida en una de las más importantes compañías de Valparaíso, participa en el sector financiero como fundadores de dos importantes sociedades anónimas. La primera era la Compañía del Ferrocarril de Tongoy, llevada a cabo por iniciativa de Urmeneta, tenía como fin construir un ferrocarril que uniría el puerto de Tongoy con el mineral de Tamaya; la segunda, era el Banco Nacional de Chile, creado en Valparaíso a mediados de 1865, y que tenía entre sus socios fundadores a las más importantes casas mercantiles de Valparaíso.

La empresa fue prorrogada en 1866, dotada de un capital de un millón de pesos enterados en partes iguales por Urmeneta y Errázuriz. Adquiría entonces su estructura definitiva, como una de las más importantes empresas nacionales. Tenía su sede central en Valparaíso, desde donde el socio gerente (Errázuriz) o su representante dirigía todos los asuntos relacionados con la empresa de fundiciones, la representación de la sociedad de MacKay y Cía. y los intereses en las sociedades anónimas. En Guayacán se encontraba la administración general de las fundiciones de la provincia de Coquimbo

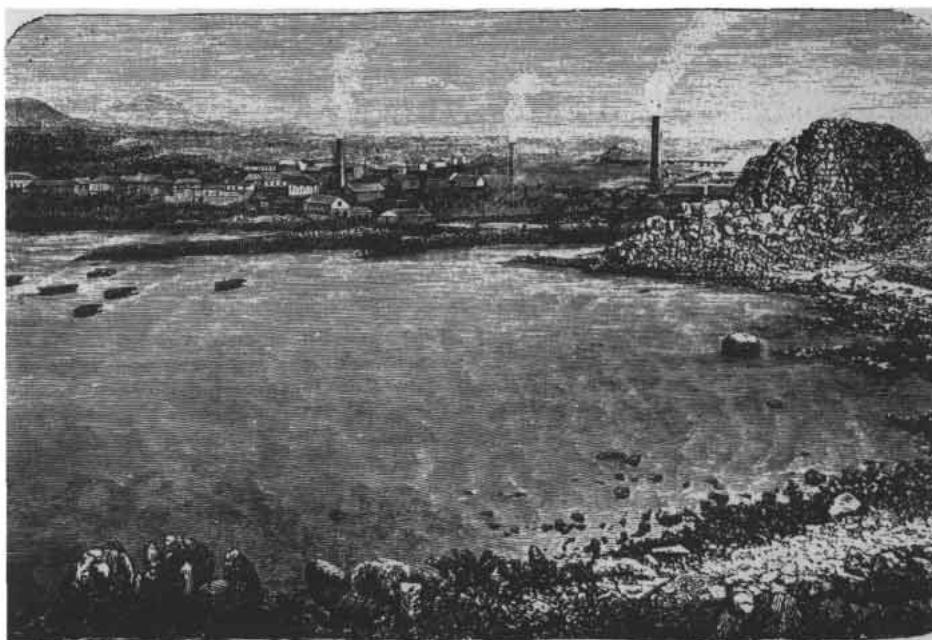
(Guayacán, Tongoy y Totoralillo) y en Vallenar la administración general de los negocios mineros y las fundiciones de Carrizal y Huasco.

Durante la segunda mitad de la década de 1860, el precio del cobre sufre una caída que se mantiene hasta finalizar la década, provocando una grave crisis en el sector minero, que se encontraba fuertemente endeudado. Urmenate y Errázuriz se ven obligados, a fines de 1865, a celebrar un contrato de habilitación con Alsop y Cía. para acceder a un importante crédito, que les permitiese mantener el nivel de operaciones e inversiones. En 1866, los negocios de la empresa continuaban agravándose, teniendo que tomar un crédito con el Banco Nacional de Chile, hipotecando la hacienda de Limache y las acciones de la Compañía de Gas de Santiago. Al año siguiente, la fuerte caída del precio del cobre origina nuevos problemas financieros que los obligan a recurrir a prestamistas y bancos, tomando caros créditos e hipotecando, Urmenate, prácticamente toda su fortuna. Solamente al finalizar 1869 Urmenate y Errázuriz pudieron salir adelante, pero endeudándose –con el Banco Nacional de Chile y G. Gibbs y Cía. por alrededor de un millón de pesos.

La crisis se deja sentir con fuerza en las empresas regionales que dependían de la empresa de fundiciones. En 1866, la agencia de Vallenar llega a su término, y en su remplazo se crea una sociedad para administrar las pertenencias mineras. Al año siguiente, ésta también es cancelada. En los años posteriores, Urmenate y Errázuriz, gracias a los nuevos créditos, compran importantes minas en Carrizal; pero al finalizar la década de 1870, inician el retiro definitivo de Atacama vendiendo todas las pertenencias mineras en Carrizal los establecimientos de fundición de Carrizal y Huasco. En 1872, la empresa termina con la improductiva sociedad de Juan MacKay y Cía., comprando Errázuriz las partes de los otros dos socios, para continuar solo con el negocio.

PRODUCCIÓN DE COBRE EN BARRA Y LINGOTES DE URMENETA Y ERRÁZURIZ

Años	Cobre en B. y L. en tons.	% respecto de la producción nacional
1871	11.063	58 %
1873	10.037	36,6 %
1874	11.380	34,1 %
1875	9.500	26,4 %
1876	11.700	28 %
1877	9.940	28 %
1878	7.435	18 %
1879	7.400	18 %
1880	8.245	25 %
1881	8.746	26 %



Fundición de Guayacán, una verdadera "Vanguardia Industrial", en la segunda mitad del siglo xix, llegó a producir el 40% del cobre en barra del país (Chile Ilustrado por Recaredo Tornero, 1872.)

A partir de 1872, la demanda y los precios del cobre aumentan producto de la guerra franco-prusiana y del nuevo impulso de la revolución industrial; el negocio de la empresa de fundición toma nuevo auge, pero los empresarios, esta vez más conservadores, no inician nuevas inversiones; al contrario, mantienen la estructura del negocio hasta finalizar la década. Para la década de 1870, es posible contar con información estadística sobre la producción de cobre en barra y lingotes de la empresa y su relación porcentual respecto de la producción total de país:

Más del 80% de la producción corresponde a la fundición de Guayacán y lo demás a la fundición de Tongoy. El resto de las fundiciones de la empresa producía ejes de cobre, que eran posteriormente procesados en Guayacán. La otra compañía rival de Urmeneta y Errázuriz era la fundición de Lota y Coronel, que producía entre el 19 y 30% del cobre en barra en el mismo período, produciendo entre ambas compañías más del 50% del cobre en barra del país.

La estructura y administración de una empresa debía resolver múltiples problemas para actuar con eficiencia. En primer lugar, tener montados y funcionando en forma los establecimientos de fundición; en segundo lugar, contar con las materias primas necesarias: mineral de cobre y carbón y en tercer lugar, preocuparse de transportar las materias primas por vía terrestre o marítima desde los lugares de producción hasta las fundiciones, y ver, luego, su traslado al extranjero. La solución ideal para una empresa de fun-

diciones era la integración vertical, en una sola administración, de las diferentes etapas productivas. La estructura permitía una disminución de los costos de producción y un mejor control sobre los precios en momentos de alza y baja. Esto significaba que la empresa debía ser dueña de las minas de cobre y carbón, instalando las fundiciones cerca de unas u otras, según la economía, tener su propios medios de transporte para el traslado de las materias primas y la producción: caminos, ferrocarriles, barcos y vapores; y aún más, debía poseer fábricas propias de productos elaborados de cobre.

Los empresarios que participaron del negocio de fundiciones tuvieron en cuenta estas variables, y, de una u otra forma, se acercaron a la integración vertical de la empresa, pero logrando sólo en parte alcanzar el ideal propuesto. La estructura productiva de Cousiño en Lota se acerca bastante al ideal de las empresas de integración vertical, pero sobre la principal materia prima –el cobre– Cousiño no tenía ningún control. No era propietario de minas de cobre, pero probablemente tenía un sistema de crédito que le permitía asegurar una producción normal y fluida de minerales.

Opuesto al de Cousiño, es el caso de Urmeneta: dueño de las más importantes minas de cobre del país, instala sus fundiciones en los puertos cercanos a las minas de cobre de Coquimbo y Atacama; también cuenta con sus propias naves que trasladan el mineral desde los puertos y caletas del norte a la fundición central de Guayacán, y el carbón de Lota y Coronel para las fundiciones. Urmeneta también construyó un camino para unir las minas de Tamaya con su fundición de Tongoy y, posteriormente, participó en la gestión para la construcción del ferrocarril. En el caso de las materias primas, a pesar de contar con importantes minas, como propietario individual o a través de la empresa de fundiciones, la mayor parte del cobre era producido por otros mineros, a los cuales apoyaba con diferentes tipos de créditos. En cuanto al carbón, intentó la empresa de fundiciones tener sus propias minas, pero las diferentes tentativas fueron infructuosas, su principal fuente de carbón fueron las minas de Lota y Coronel, propiedad de Cousiño.

A pesar de que la empresa de fundiciones Urmeneta y Errázuriz no tenía una ideal integración vertical, podemos decir que, de una u otra forma, existía una especie de integración vertical productiva y administrativa que permitía tener cierto control sobre las diferentes etapas productivas del cobre en barra. Desde sus orígenes, la empresa instaló sus establecimientos de fundición en los puertos cercanos a los principales centros productores de cobre de la provincia de Coquimbo: Guayacán. El establecimiento principal se proyectaba a nivel nacional, y se encontraba justo en medio de los yacimientos de cobre distribuidos entre Santiago y Atacama. El establecimiento de Tongoy estaba destinado exclusivamente a procesar los minerales de Tamaya, en especial, de las minas de Urmeneta, y el de Totoralillo, de pequeñas dimensiones, captaba la producción del mineral de La Higuera. Cuando la empresa extendió sus operaciones hacia Atacama, siguió el mismo modelo instalando sus fundiciones en el puerto de Carrizal Bajo, a corta distancia del mineral de Carrizal, donde la empresa tenía minas de cobre, y en el puerto de Huasco Bajo, captando los minerales del departamento de

Vallenar. Ambos establecimientos producían ejes de cobre que posteriormente eran trasladados a Guayacán para producir cobre en barra. Lo mismo sucedía con Totoralillo. El transporte marítimo se realizaba a través de varios barcos y vapores que la empresa poseía, y en materia terrestre construyeron un ferrocarril de Tamaya a Tongoy.

A la cabeza de la empresa se encontraba José Tomás Urmeneta, con residencia en Santiago, a cargo de las grandes decisiones de la compañía: planificación y organización de nuevas inversiones, contratos y créditos de alto nivel –Gibbs y Cía., Edwards, Alsop y Cía.– o empresarios mineros importantes, como Ramón Ovalle, Melinton Samit, etc. En general, Urmeneta no llevaba directamente la dirección de la empresa, pero seguía de cerca las operaciones a través de una correspondencia diaria con los gerentes y administradores repartidos a lo largo del país.

Como socio –gerente se desempeñaba Maximiano Errázuriz, llevando la dirección del negocio desde Valparaíso. La sede central de la Sociedad se instala en el puerto, con la vuelta de Errázuriz desde Europa, a comienzos de 1864, reapareciendo en el puerto como socio– gerente de la próspera Sociedad.

La dirección o gerencia de la Sociedad en Valparaíso tenía variadas obligaciones: vender la producción de las fundiciones o despacharla en consignación a Estados Unidos o Londres; comprar las materias primas para las fundiciones, carbón, cobre, ladrillos refractarios, máquinas, etc.; ver el traslado del cobre en barra y lingotes al extranjero y el cabotaje interno de materias primas, en barcos propios o arrendados. Todo esto implicaba negociaciones, acuerdos y contratos en el puerto de Valparaíso; también debía atender las finanzas diarias de la empresa de acuerdo con el agente o banquero de ésta y las inversiones en sociedades anónimas o colectivas como la del carbón con Juan MacKay, en la cual el gerente de Urmeneta y Errázuriz se desempeñaba como agente de la sociedad en Valparaíso. El gerente se entendía directamente con Urmeneta a través de una correspondencia diaria y éste, a su vez, con los administradores de las diferentes secciones en que se dividía la empresa.

En Guayacán se desempeñaba un administrador y apoderado general para los negocios de Urmeneta y Errázuriz en la provincia de Coquimbo. Los intereses de la empresa en Atacama eran representados, desde 1860, por Nicolás Naranjo, el que tenía a su cargo la dirección de la agencia de Vallenar para la compra de minerales, trabajos de minas, habilitación y todas las actividades relacionadas con el trabajo de minas. En 1867, Naranjo fue reemplazado por el contador de la agencia Rodolfo Piderit y éste, en 1872, por José Arias Calvete, como apoderado general de la compañía en la región.

Las principales materias primas que la empresa de fundiciones necesitaba eran: cobre, minerales y ejes; carbón, nacional e inglés; ladrillos refractarios, nacionales o extranjeros. Diversas fueron las inversiones que la empresa realizó para tener su propio suministro de materias primas, con el fin de reducir los costos de producción, en cada una de ellas. Sin embargo, no logró satisfacer su demanda con lo entregado por las diferentes unidades

productivas creadas para estos fines. Más bien fueron complementarias: la gran mayoría del cobre y carbón que las fundiciones de la empresa ocupaba provenían de otros productores.

El cobre era la materia prima fundamental para la sociedad de fundiciones y sólo en mínimas cantidades procesaron oro o plata, obligando, a la empresa, a realizar diversas operaciones para captar la producción. Dos eran las posibilidades que podía poner en práctica: tener sus propias minas, integradas verticalmente, o comprar en el mercado la producción de los minerales. La empresa utilizó los dos sistemas: tuvo sus propias minas de cobre y, al mismo tiempo, a través de una complicado sistema, compraba la producción de cobre de Atacama y Coquimbo.

La primera posibilidad, tener sus propias minas, se implementó cuando se extendieron las operaciones a la provincia de Atacama. En la provincia de Coquimbo, la empresa no tenía propiedades mineras, si bien es cierto que Urmeneta era dueño de las minas de cobre más importantes de la provincia, en el mineral de Tamaya, estas minas nunca fueron parte de la organización, eran administradas en forma autónoma y vendían su producción a la empresa como cualquiera otra. Pero también es cierto que gran parte de las inversiones de la sociedad de fundiciones –caminos, ferrocarril, fundición de Tongoy– estuvieron en función de las minas de Urmeneta en Tamaya. Por lo tanto, sin ser parte del patrimonio de la empresa, las minas de Urmeneta en Tamaya aseguraban un suministro constante de minerales a la fundición de Tongoy.

La otra alternativa de la empresa (comprar directamente el cobre a los productores) estaba sujeta a un sistema que tenía diversas formas, como ya hemos visto: habilitación, contratos de venta, adelanto de dinero por futuras entregas de minerales, cuentas corrientes, préstamos que eran pagados en metales. No vamos a explicar nuevamente estas operaciones, sino, cómo era la fijación de precios de los minerales, cómo eran entregados a la empresa y cómo pagados.

La fijación de los precios de los minerales, una vez que se firmaban los diversos tipos de contrato, fue cambiando a medida que el negocio del cobre aumentaba su tamaño. En una primera etapa (1860) el precio que establecían los empresarios con los mineros se mantenía fijo durante la vigencia del contrato, y se manejaban ciertas tablas para determinar el valor de las diferentes leyes del mineral. Por ejemplo: "durante el término estipulado de la habilitación... se obliga a vender a los habilitadores todos los minerales de bronce que produzca [Sic.] la mina... al precio de ochenta centavos el quintal con ley de un diez por ciento de cobre fino, y aumentando de quince centavos y bajada de veinticinco centavos por cada uno por ciento que la ley suba o baje de diez por ciento". El precio base podía variar de mes a mes o de acuerdo con las condiciones del contrato. En 1861, el precio base para el cobre de ley de 10% era de 85 centavos, pero en 1865 era de 80 centavos.

En 1864, las inestabilidades del precio del cobre se hicieron más notorias y los precios comenzaron a ser fijados de acuerdo al del cobre en barra en Valparaíso, que manejaban los corredores, especialmente Roberson y Cía.

Varios contratos fueron modificados este año y los siguientes que se convinieron tenían esta modalidad.

Una vez que se fijaban los precios, los productores debían aclarar en sus contratos la forma de entregar el mineral. Todos los contratos obligaban a los mineros a entregar el mineral en las canchas de la empresa, las que se encontraban en los puertos de embarque o al lado de las fundiciones, que también estaban en los puertos, por lo que el costo del transporte del mineral era para el minero. La entrega debía hacerse por determinadas cantidades, y una vez en las canchas de depósito, éste era pesado tomándose muestras para determinar las leyes del mineral, por peritos seleccionados por ambas partes: "los comunes se sacarán al tiempo de efectuar el embarque, tomándose tres muestras y tres pesos como es de costumbre y debiendo Don Manuel Aracena hacer el tercer ensaye si fuese necesario". Los minerales que generalmente compraban para la fundición era de ley de un 25%, pero también compraban de leyes menores que eran tratados en los establecimientos de los puertos. La compra de ejes de cobre, sobre todo en Carrizal y Huasco, era otra forma de acaparar la producción de cobre.

El pago de los minerales se hacía de diferentes formas según los tipos de contrato; generalmente comenzaba a verificarse una vez que los productos mineros eran entregados en las canchas o depósitos de la empresa de fundiciones; si el contrato tenía créditos de por medio y se llevaba una cuenta corriente, el abono se hacía: "el último día del mes siguiente al de la extracción de los comunes y a los precios que correspondan a los que en dicho día de la extracción valga el cobre en barra en Valparaíso según la escala".

El carbón fue la segunda gran materia prima, vital para el funcionamiento de los hornos de reverbero, calcina y refinación, que elaboraban el cobre en barra en las fundiciones de Guayacán, Tongoy y Totoralillo, y ejes de cobre en Carrizal y Huasco. Guayacán, la fundición principal, utilizaba en sus hornos de reverbero carbón nacional, y en los de calcinación y refina, carbón nacional mezclado con carbón inglés; las otras fundiciones utilizaban solamente carbón nacional y, en algunos casos, leña. Los volúmenes de carbón utilizados en la fundición de Guayacán durante gran parte de la década de 1870 alcanzaron, en promedio, las 28.000 toneladas anuales, de las cuales veinticinco mil correspondían a carbón nacional y tres mil, a carbón inglés. La mayor parte del carbón nacional provenía de las minas de Lota y Coronel, según diversas fuentes. El carbón inglés era enviado por A. Gibbs e hijos. Durante toda la historia de la empresa de fundiciones se realizaron inversiones destinadas a producir su propio carbón, con el fin de bajar los costos. Sin embargo, cada uno de los intentos realizados terminó en fracaso.

La primera experiencia se remonta a 1856, cuando Urmeneta inició la Sociedad Chilena de Fundiciones, proyectando inmediatamente la inversión en minas de carbón en el sur del país. Con su hermano Jerónimo, formaron una sociedad con los hermanos Isidoro y Teodoro Cotapos para iniciar la explotación de minas de carbón en Lota y Coronel. La poca información que tenemos permite afirmar que los hermanos Urmeneta actuaban como socios capitalistas y los Cotapos habrían sido los gestores de la empresa. Sobre la

labor desarrollada por los hermanos Cotapos tenemos poca información: sabemos que tuvieron minas de carbón piedra en Lota y Coronel, en los sectores de Playa Negra, Roble Corcovado y Puchoco, vecinas a las importantes minas de Matías Cousiño y Jorge Rojas. La gestión de los Cotapos no fue exitosa. En 1864, la sociedad tenía pérdidas por \$ 100.826.

La segunda experiencia se remonta a 1865. Después de un año de negociaciones y viajes de Errázuriz a la zona de Lebu, se llegó a un acuerdo para formar una sociedad, entre Errázuriz Urmeneta y Juan MacKay, para iniciar la explotación de minas de carbón en la zona de Lebu. El doctor MacKay introducía en la sociedad, como su aporte social, sus derechos por el carbón descubierto o por descubrir en las inmediaciones del río Lebu, la tercera parte del carbón del potrero Boca Lebu, la mitad del potrero Ar, la mitad de los potreros Callilepe y Maripeuco y todos los derechos en los potreros Palpal y Peyaco, todo por un valor de \$ 17.000. La sociedad Urmeneta y Errázuriz, por su parte, introducía entre los dos un derecho a otra tercera parte del potrero Boca Lebu, comprado en cuatro mil pesos, y la suma de treinta mil pesos en efectivo, que serían entregados a medida que se necesitaran para los trabajos proyectados.

La sociedad giraría bajo la firma social de Juan MacKay y Cía., correspondiéndole a cada uno de los socios una tercera parte de las acciones y capital del negocio, que tendría su domicilio legal en Valparaíso, donde Errázuriz sería el representante y agente de la sociedad, y MacKay en el sur como director y administrador de los trabajos mineros.

No tenemos mayor información sobre la marcha del negocio, la cantidad producida o si el carbón era usado en las fundiciones de la empresa; solamente sabemos que la mala calidad del carbón encontrado y las dificultades que presentaba el puerto de Lebu para los barcos y vapores, dificultaron los éxitos esperados. En 1872, ante el fracaso de la empresa, dos de los socios vendieron sus acciones a Maximiano Errázuriz, que insistía en continuar con el negocio. José Tomás Urmeneta vendió su parte al contado en \$ 130.000 y MacKay en cien mil pesos, más ciertos derechos.

La tercera experiencia, de producir su propio combustible para las fundiciones, se produce en 1870. Esta vez no se trata de invertir en minas de carbón, sino en un nuevo tipo de combustible llamado turba. Los primeros intentos para desarrollar este tipo de combustible se remontan a 1868, cuando se había concedido el privilegio exclusivo a Borja Segundo Huidobro, Juan Antonio Pando y Julio Foster, para usar la turba en hornos de reverbero por un lapso de siete años. Inmediatamente formada la sociedad denominada Borja Segundo Huidobro y Cía., la sociedad adquirió propiedades en Panquehue; un predio llamado el Ingenio, y el derecho a explotar la turba y los montes contenidos en el predio Las Casas; levantado hornos de reverbero y construyó un canal llamado Borgino. La sociedad fue disuelta el año 1870, por encontrarse quebrada, y los socios principales Pando y Foster buscaron socios capitalistas para salir de la quiebra y reiniciar el negocio.

Los socios fueron Urmeneta y Errázuriz, interesados en el negocio de la turba, para producir briquetas de este combustible destinadas a las fundi-

ciones de la empresa. La sociedad fue titulada Errázuriz y Cía., asumiendo Errázuriz, o el gerente de la sociedad Urmeneta y Errázuriz, la administración del negocio. El aporte de los socios Pando y Foster consistía en el privilegio exclusivo para la explotación de la turba y su aplicación en la fundición de minerales, la hijuela el Ingenio de Panquehue, las turbas existentes en la misma hacienda y los hornos de reverbero y minerales existentes. Por su parte, Errázuriz y Urmeneta aportaban un capital social de hasta cuatrocientos mil pesos para el pago de las deudas de la antigua sociedad de Pando y Foster. Además podían introducir nuevos capitales, si los consideraban necesarios para impulsar el negocio. Por estas sumas la nueva sociedad debía pagar el interés del 9% anual.

La sociedad no prosperó, iniciándose un juicio para resolver los diferentes compromisos que había entre las partes. En 1872, éste llegaba a su término. Urmeneta y Errázuriz, por haber pagado las deudas, se quedaban con todos los bienes de la antigua sociedad, incluida la hacienda de Panquehue; solamente Pando, previo pago de treinta mil pesos a Urmeneta y Errázuriz, conservaba la mitad del derecho exclusivo y cuatro terrenos de turbas en la hijuela Las Casas. La hacienda Ingenio de Panquehue, pasaría



▲ Lota, 1870. (Foto: B. H. Beck)



Las fundiciones de Lota y Guayacán representan la obra de dos de los empresarios más progresistas y visionarios del siglo pasado.

posteriormente, a ser propiedad de Maximiano Errázuriz, quien haría grandes inversiones levantando una viña de cepas francesas y otros adelantos que la convertirían en una de las mejores del país.

Como pudimos ver, Urmeneta y Errázuriz hicieron grandes intentos por tener su propio suministro de carbón, e incluso buscaron otra alternativa de combustible como la turba, pero cada uno de estos intentos terminó en un fracaso. Sin embargo, es importante comprobar que estuvieron siempre preocupados de buscar un suministro de carbón que permitiera disminuir los costos de producción.

La compañía contaba con tres fundiciones. La fundición de Guayacán era la más importante y una de las principales del país. Durante la década de 1870 producía más del 30% del cobre en barra que se exportaba. La fundición estaba en la ribera norte de la bahía de La Herradura, en el sector conocido como Guayacán. Desde 1858 funcionaba como puerto menor, con el correspondiente muelle fiscal, edificios de Aduana, resguardo marítimo, y al lado de la fundición había surgido un pueblo, en el que se encontraba la casa de la administración y dos poblaciones, una de obreros nacionales y otra de obreros ingleses.

PRODUCCIÓN DE GUAYACÁN 1868-1886 TONELADAS

Años	Nº Hornos	Obreros	Carbón Chileno	Carbón minerales Inglés	ejes	cobre barra y lingotes
1868	—	—	24.471	2.263	7.143,7	6.877 3.769
1869	—	—	27.102	3.580	11.962,5	16.352,5 10.376
1870	—	—	26.450	283	9.671,5	13.061,8 8.937
1871	—	—	23.344	2.141	6.955,5	11.332,5 10.037
1872	—	—	26.914	2.326	4.546,8	9.889,7 9.002
1873	—	—	27.862	4.650	6.828,4	8.746,% 8.868
1874	17	400	27.044	2.513	6.421,6	7.434,9 10.000
1875	15	300	24.716	1.574	2.222,8	7.375,8 8.184
1876	8	100	21.246	1.989	998,0	6.530,2 6.664
1877	9	250	20.170	760	330,3	6.584,4 7.108
1878	18	250	17.898	240	1.040,9	5.001,9 6.000
1879	—	250	20.198	100	1.569,2	5.966,6 4.259
1880	26	250	21.630	—	703,6	4.476,3 5.780
1881	28	250	—	—	—	— 2.245
1882	28	250	—	—	—	— 8.750
1883	11	250	—	—	—	— 7.304
1884	28	250	—	—	—	— 6.550
1885	30	250	—	—	—	— 9.000
1886	11	200	—	—	—	— 7.500
1905	—	—	—	—	—	— 9.363
1911	—	—	—	—	—	— 5.324
1920	—	—	—	—	—	— 154

A primera vista, varios hechos llaman la atención. En primer lugar, los hornos de la fundición funcionaban mediante una combinación de carbón nacional y carbón inglés, siendo mayoritaria la proporción de carbón nacional que provenía de Lota y de las minas de la empresa en Lebu, y de las cuales consumía miles de toneladas anualmente. En segundo lugar, la producción de cobre en barra era fruto del beneficio de minerales de cobre de leyes del 20% y ejes de cobre con leyes variables del 40 al 50%. Las cantidades que indica el cuadro corresponden a minerales y ejes desembarcados en Guayacán y que provenían de otras provincias, en especial de los departamentos de Freirina y Vallenar, donde Urmeneta y Errázuriz tenían fuertes inversiones en minas y fundiciones de cobre, aparte de contratos de habilitación y compra-venta. Sin embargo, debemos considerar que desde la Higuera y otros minerales de Coquimbo, debían llegar minerales y ejes para la fundición. En tercer lugar, la fundición, pese a la crisis que experimentó la minería del cobre desde 1876, pudo mantener la media de su producción hasta terminar el siglo, pero ésta ya no tenía el impacto en la producción mundial como hacia 1870.

La fundición de Tongoy había sido creada exclusivamente para procesar los minerales de Tamaya, en especial los de las minas de Urmeneta. Los primeros hornos de reverbero habían sido instalados por la Sociedad Chilena de Fundiciones. Posteriormente, la fundición pasó a la empresa Urmeneta y Errázuriz, quienes realizaron nuevas inversiones en Tongoy, comprando terrenos y canchas de minerales y mejorando la infraestructura de la fundición. Entre 1866 y 1867, con motivo de la construcción del ferrocarril Tamaya-Tongoy, se realizaron importantes mejoras en el puerto: Urmeneta y Errázuriz compraron nuevos terrenos para canchas de minerales e intercambiaron terrenos con el fisco para que éste construyera edificios de Aduana, Resguardo marítimo, Capitanía de puerto y plazuela, con lo cual Tongoy tomaba un aspecto urbano más agradable.

PRODUCCIÓN DE LA FUNDICIÓN DE TONGOY 1871-1886 TONELADAS

Años	Nº de hornos	obreros	ejes exportación	cobre en barra
1871	5	125	—	1.625
1872	12	120	—	644
1873	—	—	—	1.194
1874	15	200	—	1.380
1875	16	250	—	1.500
1876	8	200	—	4.800
1877	16	150	—	3.940
1878	17	250	—	6.000
1879	17	208	100	300
1880	9	60	—	1.620
1881	9	120	500	1.000
1882	8	70	10	14
1883	8	125	—	1.683
1884	5	70	—	1.800
1885	17	105	40	140
1886	5	60	—	1.600

La fundición de Tongoy era más pequeña que Guayacán, y se destinaba a la fundición de los minerales que bajaban de Tamaya en ferrocarril. Contaba con cinco hornos de reverbero, ocupando alrededor de 125 trabajadores en promedio, y su producción media anual alcanzaba las 1.600 toneladas al comenzar la década de 1870. En 1872, presenta una baja debido a la paralización de la mina el Pique, para volver al año siguiente a su producción promedio anual.

En 1875, se realizaron una serie de inversiones para incrementar su productividad. Se aumentó el número de hornos a dieciséis, ocho de reverbero y ocho de calcina, instalándose tres máquinas a vapor que cumplían diversas funciones, ocupando mayor número de trabajadores. A esta época corresponde la descripción de Francisco Marcial Aracena: "este establecimiento poseía un sistema de reverbero reformado, con nueve hornos de fundición y otros nueve para quemar o calentar bronces, servido por dos grandes chimeneas de 100 pies de altura cada una".

Estas modificaciones aumentaron la productividad de la fundición, en un período en que las exportaciones de cobre tendían al cobre elaborado, en barra o en ejes, disminuyendo notoriamente el cobre en bruto. Durante los años 1876 a 1878, la fundición pudo aumentar la producción hasta seis mil toneladas, para caer en los años siguientes, debido a las crisis general de la minería, a los niveles de productividad de principios de la década.

La fundición de Totoralillo estaba en la bahía del mismo nombre a unos cincuenta kilómetros al norte de La Serena, y a unos quince kilómetros del mineral de La Higuera, desde donde provenían los minerales. Su origen se remonta a la época de la Sociedad Chilena de Fundiciones, y fue mantenida por Urmeneta y Errázuriz. La fundición consistía en cinco hornos de reverbero que producían ejes de cobre para Guayacán y una pequeña producción de cobre en barra. Al lado de los hornos había canchas de minerales, siendo estos últimos traídos y depositados por los mineros de La Higuera, habilitados por la empresa o con contratos de compra-venta, y en general todo aquel que quería vender su producción.

Cuando la empresa amplió sus operaciones hacia la provincia de Atacama, con la implementación de la agencia de Vallenar y los trabajos mineros en la zona, terminó instalando canchas de minerales y hornos de fundición en los puertos de Carrizal Bajo, Huasco y Peñablanca. Estas fundiciones cumplían igual función que Totoralillo, reducir los minerales a ejes de cobre, los que posteriormente eran trasladados a Guayacán para ser reducidos a cobre en barra.

Las características del negocio de fundiciones exigían una gran movilidad de recursos desde diferentes puntos del país como también del extranjero. Las fundiciones de la empresa obtenían sus insumos por vía terrestre y marítima, y la producción de cobre debía cruzar el Estrecho de Magallanes y el Atlántico para llegar a sus mercados. Para hacer frente a esta situación, Urmeneta y Errázuriz decidieron gestionar una serie de inversiones en transporte terrestre y marítimo, que les permitiera facilitar el movimiento de las materias primas y la producción y, al mismo tiempo, minimizar los costos de tales operaciones.

En el caso de la empresa Urmeneta y Errázuriz, la primera preocupación de Urmeneta fue mejorar el transporte de los minerales desde Tamaya a Tongoy. El empresario encargó varios estudios que no fueron considerados. Como ya sabemos, el problema lo abordó la Sociedad Chilena de Fundiciones, que construyó un camino carretero que permitía remplazar a las mulas por carretas, y la sociedad cobraba un derecho de peaje por el tráfico público y de mercaderías que se realizara por el camino.

A pesar del camino carretero, Urmeneta tenía la voluntad de construir un ferrocarril entre Tamaya y Tongoy, para lo cual encargó nuevos estudios que no se llevaron a cabo. Finalmente, en 1865, llegó a un acuerdo con Henry Meiggs para la construcción del ferrocarril.

Urmeneta y Errázuriz recurrieron al sistema financiero de Valparaíso para llevar a cabo la empresa, mediante la conformación de una sociedad anónima que les permitiera reunir los capitales necesarios. En 1867, cuando el ferrocarril fue inaugurado, la dirección estaba entregada a capitalistas de origen inglés de Valparaíso. Con el transcurso del tiempo, la participación de José Tomás Urmeneta y de Urmeneta Errázuriz en la compañía del ferrocarril de Tongoy se fue haciendo cada vez más minoritaria. Sin embargo, la empresa de fundiciones tenía resuelto el problema del transporte de minerales desde Tamaya a Tongoy, precisamente cuando las nuevas inversiones de Urmeneta en el mineral aumentarían considerablemente la producción.

Para el caso de la fundición de Guayacán, el problema del transporte terrestre de los minerales desde el interior de la provincia de Coquimbo, había sido en gran parte resuelto con la construcción del ferrocarril de Coquimbo en 1860, el cual llegaba hasta el mineral de Tambillos. El corto trayecto entre Coquimbo y Guayacán podía hacerse en carreta, posteriormente se construiría un ramal. Además, gran parte de la materia prima de Guayacán llegaba por vía marítima.

En la fundición de Totoralillo, la situación fue diferente: entre el puerto y el mineral de la Higuera sólo había doce kilómetros, pero como el mineral se encontraba a una altura de setecientos metros, el camino debía seguir ondulaciones que aumentaban a 19 kilómetros su recorrido. Urmeneta y Errázuriz tenían varias minas habilitadas allí, y eran frecuentes los problemas para el traslado del mineral, pero nada se hizo para mejorar la situación. Para las inversiones en la provincia de Atacama, la agencia de Vallenar debía contar con una buena cantidad de mulas y carretas para el transporte de los minerales y otros materiales desde las diferentes labores. En el caso de las fundiciones, la de Carrizal Bajo tenía la facilidad de contar con un ferrocarril que unía el puerto con el mineral de Carrizal y Cerro Blanco. Además, los contratos de habilitación y compra-venta de minerales obligaban al minero a entregar los metales en las canchas de la fundición.

El transporte marítimo era otro asunto importante para la empresa Urmeneta y Errázuriz. Por algo las fundiciones estaban en los puertos. La mayoría de los insumos de las fundiciones, al igual que la producción de cobre, debían ser transportados por vía marítima. En primer lugar, había un constante movimiento entre los puertos menores de Huasco, Carrizal, Peña-

blanca y la fundición de Guayacán: desde los primeros se enviaban minerales y ejes de cobre que producían las propias fundiciones de la empresa, y desde Carrizal y Huasco, la producción de los mineros habilitados; en segundo lugar, desde el sur –Lota, Coronel y Lebu– se traían carbón y ladrillos refractarios y en tercer lugar, desde el extranjero venía carbón, ladrillos refractarios, maquinarias y otros materiales. Por otro lado, la producción de cobre debía ser enviada a los mercados de Europa y Estados Unidos.

Para hacer frente a esta situación, la sociedad Urmeneta y Errázuriz tenía dos posibilidades: la primera, contar con su propios barcos y vapores y la otra, fletarlos. Ambas opciones fueron utilizadas por los empresarios.

BARCOS Y VAPORES DE URMENETA Y ERRÁZURIZ

Naves	Comprada	Pesos	Vendida	Pesos
Goleta nacional <i>Manuela</i>	—	—	1859	13.000
Bergantín inglés <i>Annie</i>	1860	6.000	—	—
Barca nacional <i>Lola</i>	—	—	1860	1.500
Fragata nacional <i>López y Sartori</i>	—	—	1860	6.000
10 lanchones	1862	—	—	—
Goleta nacional <i>Amalia</i>	—	—	1861	9.000
Barca Nacional <i>Eulalia</i>	—	—	1863	3.500
Goleta nacional <i>Dart</i>	—	—	1864	14.000
Bergantín <i>Tongoy</i>	1860	—	1865	7.100
Barca nacional <i>Zeta</i>	—	—	1879	—
Vapor <i>Fósforo</i>	—	—	1865	25.000
Vapor <i>Guayacán</i>	—	—	1879	—
Vapor <i>Boca Lebu</i>	—	—	1879	—

Con esta dotación de naves, la sociedad podía minimizar los costos del transporte, movilizando gran cantidad de materiales de uno a otro punto del país. Durante una primera etapa, la empresa tenía diversos tipos de naves de diferente tonelaje, las cuales comenzaron a ser vendidas a mediados de la década de 1860, cuando encargaron a Europa naves de mayor tonelaje y velocidad, como eran los modernos vapores. Éstos ya estaban en poder de la compañía en 1865, cuando la empresa puso a disposición del gobierno el vapor *Fósforo*, con motivo de la guerra con España. Posteriormente, el vapor fue entregado al gobierno a cambio de algunas deudas de aduana que la empresa tenía por \$ 25.000. Saber el número exacto de vapores que poseía la empresa es difícil. Se ha encontrado información sólo de tres vapores, que no eran de gran tonelaje, por lo cual eran llamados "vaporcitos". A pesar de contar con un importante número de naves, la empresa debía contratar otras para llevar a cabo el intenso movimiento que significaba una actividad de este tipo. El traslado de la producción de cobre en barra y ejes desde Guayacán a los puertos ingleses, es probable que se realizara mayormente en

naves fletadas y no en las propias. Anualmente, exportaban de ocho a diez toneladas de cobre en barra, por lo cual el número de naves empleadas era considerable.

Después de la muerte de Urmeneta en 1878, sus herederos decidieron transformar la empresa en sociedad anónima, facilitando así los trámites de herencia y manteniendo al mismo tiempo la unidad de la empresa. La sociedad formada en 1880 se llamó Sociedad Chilena de Fundiciones, y tenía como objetivo continuar con los negocios de fundición de la sociedad colectiva Urmeneta y Errázuriz. Con un capital de un millón de pesos dividido en dos mil acciones de quinientos pesos cada una, declaraba su domicilio legal en Valparaíso y establecía su duración por veintiún años.

La acciones fueron repartidas de la siguiente manera: Errázuriz, como socio de Urmeneta, era dueño de la mitad de la compañía (mil acciones), y la otra mitad correspondía a los herederos de José Tomás Urmeneta: la viuda Carmen Quiroga con la cuarta parte (quinientos acciones); la otra cuarta parte correspondía a las hijas de Urmeneta, Manuela Urmeneta (250 acciones) y los herederos de Amalia Urmeneta, José Tomás, Guillermo, Rafael y Amalia, $72^{1/2}$ acciones para cada uno de ellos. De esta manera, Maximiano Errázuriz y sus hijos (fruto del matrimonio con Amalia Urmeneta) pasaron a controlar la empresa de fundiciones.

La nueva compañía surgía en momentos en que la minería del cobre entraba en una crisis que se prolongaría hasta las dos primeras décadas del siglo xx. Para enfrentarla, la empresa redujo sus operaciones y a fines del siglo xix la fundición de Tongoy se encontraba paralizada. Las operaciones se concentraron en la fundición de Guayacán, donde se introdujeron reformas al comenzar el presente siglo, se construyó una fábrica de ácido sulfúrico y se reemplazaron los hornos de reverbero por nuevos hornos de "mareja" y el empleo de convertidores.

En 1907, la compañía había modificado sus estatutos, elevando su capital a cuatro millones de pesos, y dirigida por uno de los nietos de Urmeneta: Rafael Errázuriz Urmeneta. A pesar de la crisis general que afectaba a la minería del cobre, la fundición pudo mantenerse como la principal del país, por lo menos hasta 1915, año en que entró en crisis terminal. La compañía fue vendida por Rafael Errázuriz Urmeneta a capitalistas nacionales y extranjeros que trataron de levantarla bajo diversas denominaciones: Sociedad Fundición de Guayacán, Sociedad Minera del Pacífico. Por último, en la década del veinte pasaría a ser propiedad de la Caja de Crédito Minero (CA - CREMI) que intentó levantarla sin éxito, siendo finalmente desarmadas sus instalaciones; llegando, así, a su fin la fundición de Guayacán.

La Empresa de Alumbrado a Gas de Santiago

La ciudad de Santiago, hacia 1856, continuaba iluminada por 320 faroles de aceite. Sin embargo, había una manifiesta intención de proceder al cambio del sistema y recurrir al alumbrado de gas. Diversas eran las propuestas que recibía la Municipalidad para cambiar el alumbrado: Julio Beraud ofrecía en

1854 el "gas eléctrico"; una compañía franco-chilena, gas carbónico; Jenkins, en 1856, "gas portatil". La propuesta más seria se produjó en 1856, cuando una sociedad peruana, Sarmiento y Cía., a través de las gestiones del Ministro Plenipotenciario de Chile en Perú, Luis Irarrázabal, ofrecía instalar el alumbrado de la ciudad mediante el "gas hidrógeno".

Al mismo tiempo, empresarios chilenos también estaban atentos al negocio: Ramón Vicuña había presentado propuestas, y Matías Cousiño con José Tomás Urmeneta hacían lo mismo. Por información del diario *El Ferrocarril* y un poder notarial dado por Cousiño a Urmeneta, tenemos la primera información del interés de Urmeneta por participar en este negocio.

La Municipalidad de Santiago, en vista de la necesidad de contar con este tipo de alumbrado, que ya existía en Copiapó y Valparaíso, y del interés manifestado por diversos empresarios, fijó las bases y llamó a concurso. Se presentaron dos propuestas: la primera de la sociedad peruana José Sarmiento y Cía., que había enviado un representante al país, y la segunda de Maximiano Errázuriz, con la fianza y codeuda solidaria de su suegro José Tomás Urmeneta.

La participación de Errázuriz sólo puede interpretarse como un espaldarazo de su suegro al nuevo yerno. Recordemos que Urmeneta estaba interesado en el negocio, y había acordado ciertos términos con Cousiño para participar; también hay que considerar la enorme influencia que ejercía el arzobispo Valdivieso, para volcar a favor de Maximiano el resultado de la propuesta.

Los términos de la propuesta original sufrieron algunos cambios antes de realizarse el contrato definitivo; en la propuesta original, la Municipalidad se comprometía a obtener del Congreso Nacional un privilegio exclusivo de veinte años y pagar a razón de cuatro pesos mensuales por cada farol durante el primer decenio y de tres pesos durante el segundo. Días después, Errázuriz solicitó a la Municipalidad un cambio que consistía en alargar el plazo del privilegio exclusivo a treinta años a cambio de disminuir el precio de las luces de la calle de cuatro pesos a tres pesos mensuales durante los primeros quince años y a dos pesos seis reales durante los otros quince años.

Esta solicitud fue aceptada por la Municipalidad, pero el privilegio exclusivo debía ser dado por el Congreso Nacional. La ley de Privilegios Exclusivos de 1840 sólo establecía una duración de ocho años, por lo tanto, debía ser el Congreso quien dictara una ley especial de privilegio exclusivo particular por más años de los que la ley autorizaba.

El proyecto de ley entró al Congreso con el apoyo del presidente Montt, siendo promulgada el 8 de agosto de 1856. En éste, se concedía un privilegio exclusivo por treinta años para la fabricación y venta de gas en Santiago, y se declaraba exentos del derecho de internación a los objetos necesarios para el establecimiento de la fábrica de gas, materiales para producirlo y útiles para el alumbrado.

El privilegio era clave para la negociación: era la manera de asegurar el monopolio del negocio, recuperar la inversión y asegurar una rentabilidad. Así, Errázuriz y Urmeneta se aseguraban de no tener una competencia en la

ciudad, como fue el caso de la primera compañía formada en Valparaíso, que no obtuvo un privilegio exclusivo y debió soportar que, a cinco años de instalada, se formara una nueva compañía de gas en la ciudad, entrando en franca competencia con ella.

Una vez aclarados todos los términos y conseguidos los privilegios correspondientes se procedió a la firma del contrato, el 9 de octubre de 1856; en éste Errázuriz se obligaba a establecer y tener corriente dentro de dos años y medio una fábrica de gas que fuera suficiente para iluminar la parte de Santiago que tenía por límites los indicados en la propuesta; a costear y dejar concluidos y corrientes dentro del mismo plazo la cañería principal, los ramales necesarios, los tubos repartidores, los faroles con sus pescantes y columnas de fierro en un número de faroles no superior a seiscientos; a colocar, asimismo, en cualquier tiempo y a su costa, los demás faroles que, fuera de los seiscientos indicados, resolviera la Municipalidad situar en dichas calles o plazas públicas; a prolongar las cañerías y surtir de gas en cada una de las calles mencionadas, siempre que lo solicitases los propietarios o habitantes de seis casas por cuadra; a proporcionar gas para la iluminación interior y exterior del teatro que la municipalidad construía por entonces. A la vez, Errázuriz se reservaba el derecho de extender la iluminación, cuando lo estimara conveniente, a todo el resto de la ciudad no comprendido en los límites fijados. Se reservaba igualmente el derecho de transmitir el todo o parte de su interés en este contrato a cualquiera sociedad anónima que se constituyera.

Por su parte, la Municipalidad se obligaba: a recabar un privilegio exclusivo por treinta años contados desde que se concluyese el término de dos años y medio concedido para el establecimiento del alumbrado, cuyo privilegio sería para la fabricación y venta del gas hidrógeno carburado, destinado a alumbrar Santiago y sus suburbios; e igualmente, el privilegio de colocar las cañerías convenientes para ese objeto en todas las calles, veredas, plazas y demás lugares públicos de la ciudad; el permiso necesario para abrir las calles con el fin de traer a la fábrica, por medio de cañería subterránea, agua del Mapocho o de donde conviniese y el de construir un ferrocarril de sangre que comunicara la fábrica con una de las estaciones de los ferrocarriles del sur o de Valparaíso; a eximir del servicio militar y de todo cargo consejil a los empleados de la empresa, tanto en la fábrica como en la distribución del gas. La Municipalidad se obligaba, además, a responder por el importe de los derechos de internación de todos los objetos necesarios para el establecimiento de la fábrica y repartición del gas, materiales para producirlo y útiles para el alumbrado, tanto para la parte pública, como para especulación; a eximir a la empresa de toda contribución municipal, impuesta o por imponerse, que afectase a la fabricación, distribución y consumo del gas; a pagar por mesadas y al vencimiento de cada uno, el valor del gas que consuma el teatro al precio estipulado, y asimismo, servicio en cualquier punto de la ciudad.

Sobre la base de tan favorable contrato, que fue firmado y negociado por Urménetra en virtud de un poder dado por Errázuriz, se inició el levanta-

miento de una empresa de alumbrado a gas para Santiago. Inmediatamente, Urmeneta y Errázuriz se dieron a la tarea de levantar la fábrica de gas y el gasómetro, para lo cual Urmeneta compró terrenos ubicados en la calle Moneda con San Miguel (hoy Av. Cumming), barrio de Yungay, a quince cuadras de la Plaza Independencia. En este lugar, se edificó la fábrica de gas, conocida como "Fábrica de San Miguel".

Al año siguiente, se dedicaron a levantar la fábrica de gas e instalar las cañerías necesarias para trasladar el gas hasta la parte céntrica de la ciudad. También debieron preocuparse de dotar de alumbrado al Teatro Municipal pronto a ser inaugurado. Las fiestas patrias de 1857 se caracterizaron por la inauguración de tres obras que traían el progreso y la modernidad a la ciudad de Santiago: Ferrocarril del Sur, el alumbrado de gas y el Teatro Municipal. En cada una de ellas estaba presente Urmeneta, transformado en la figura del empresario progresista de la época.

En febrero de 1859, antes que se cumpliera el plazo, tenían levantada la fábrica e instalados los faroles en plazas y calles. Para comenzar la explotación de la fábrica de gas y extender su consumo en la ciudad, se creó una sociedad entre Urmeneta y sus dos yernos, Maximiano Errázuriz y Adolfo Eastman.

La compañía tomaba un carácter familiar, Urmeneta Errázuriz y Cía. Era una sociedad colectiva con un capital de trescientos mil pesos (300.000), de los cuales Urmeneta aportó ciento cincuenta mil pesos (150.000) y cada uno de los yernos, setenta y cinco mil pesos (75.000). La sociedad se establecía con el objeto de explotar la fabricación del gas de alumbrado y extender su consumo en la capital. Eran propiedad de la compañía: el contrato entre la Municipalidad y Errázuriz para alumbrar Santiago, el privilegio exclusivo para la explotación de esta industria y –finalmente– todo lo que constituía el mencionado negocio, según el balance a la fecha. Las ganancias o pérdidas serían distribuidas entre los socios, a prorrata de sus cuotas. Urmeneta se obligaba a proveer de fondos a la sociedad, y sería también depositario de lo que ingresara llevando una cuenta corriente con interés recíproco del 8% anual.

La administración correspondería indistintamente a cada uno de los socios: "pero para gravar los inmuebles que adquiera la compañía ó para contraer un compromiso que importe más de diez mil pesos será necesario el acuerdo unánime y previo de cada uno de los socios".

La Sociedad Urmeneta Errázuriz y Cía., sirvió a Urmeneta para llevar a cabo la liquidación de la fracasada Sociedad Chilena de Fundiciones. Errázuriz se trasladó a Guayacán para tomar a su cargo la liquidación de la compañía y, al mismo tiempo, negoció con los acreedores, Gibbs. y Cía., el pago de la deuda para continuar con el negocio de fundiciones que empezaría a operar bajo la razón social de Urmeneta Errázuriz y Cía.

Durante dos años, los negocios de fundiciones en el norte y la empresa de gas funcionaron bajo la misma razón social, aunque fueron completamente independientes en sus negocios y administración; el único vínculo era Urmeneta, quien dirigía ambos teniendo como administradores en cada una de las empresas a sus yernos.

La dirección de la empresa de gas estuvo a cargo de Urmeneta y la administración, de Adolfo Eastman. Durante este período, la compañía continuó la colocación de los faroles públicos y la instalación del alumbrado en casas particulares. En 1861, recién estaban instalados los seiscientos faroles públicos y los consumidores particulares alcanzaban a 992. La compañía había comprado una casa ubicada en la calle de Santo Domingo, cuadra y media al poniente de la iglesia del mismo nombre, instalando sus oficinas y taller de medidores.

Durante 1860, la empresa de fundiciones supera su crisis en forma notable, según informa Errázuriz en carta a su tío Arzobispo: "el negocio este, marcha bien y ha tomado tanta extensión que yo he tenido que aplazar quien sabe para cuando el viaje a Europa que tanto deseaba realizar". Al finalizar dicho año, Urmeneta decide separar ambos negocios para una mejor administración. Continúa con las fundiciones, estableciendo una sociedad con Maximiano Errázuriz, titulada Urmeneta y Errázuriz. Meses después, compra la parte del negocio de la compañía de gas que pertenece a Errázuriz en \$ 125.000, formando al año siguiente una nueva sociedad para el negocio del gas, titulada Urmeneta e Eastman.

La sociedad Urmeneta e Eastman quedó constituida el 27 de septiembre de 1861, como una sociedad colectiva para explotar la fabricación del gas para el alumbrado y atender su consumo en la capital. El capital era de trescientos mil pesos, dividido en 225.000 de Urmeneta y 75.000 de Eastman; las ganancias o pérdidas de la sociedad se distribuirían entre los socios de acuerdo con sus aportes. Eran propiedad de la compañía: el contrato celebrado entre Maximiano Errázuriz y la Municipalidad de Santiago, el privilegio exclusivo concedido a Errázuriz y todo lo que hasta la fecha se había adquirido desde la fundación del negocio. Adolfo Eastman sería el sociogerente, correspondiéndole la administración de todos los negocios de la sociedad a partir de este momento.

La organización y estructura de la empresa en estos años estuvo a cargo de Eastman, con la colaboración de Urmeneta. La fábrica fue ampliada continuamente, construyéndose un ramal de sangre que unía la fábrica con la Estación Central para facilitar el traslado de materiales que venían de Valparaíso. La empresa tenía sus oficinas centrales en la casa de la calle Santo Domingo, con talleres de reparación, servicio de medidores y una tienda donde se vendían los artículos de lamparería y demás accesorios necesarios para instalar el alumbrado de gas en casas particulares.

En octubre de 1864, Urmeneta decide vender la empresa de gas por varias razones: los múltiples problemas financieros enfrentados por la sociedad de fundiciones, la escasa rentabilidad que presenta el negocio del alumbrado a gas y el tiempo que requerían la actividades administrativas de la empresa de gas, cuando los intereses comerciales de Urmeneta e Eastman estaban dirigidos hacia otras áreas económicas.

El 4 de octubre de 1864 entregó un poder a José Luis Claro para ofrecer en venta la empresa de alumbrado de gas a la Municipalidad de Santiago, con arreglo a unas bases establecidas por carta del mes anterior. De no re-

sultar la venta, decidían transformar la empresa en sociedad anónima, para lo cual se facultó al abogado Gabriel Ocampo, el 5 de octubre del mismo año.

Una vez organizada la sociedad anónima, Urmeneta pensaba que sería más fácil vender la empresa, como lo comentaba a Errázuriz en un carta: "quiero dar un paso con Don Gregorio de Ossa y Cerda tan pronto como se resuelva la cuestión pendiente en el Senado, a él le conviene más que a nadie hacerse dueño de la compañía, o tomar una gran parte del todo en acciones de la sociedad anónima siendo dueño de la empresa de dar agua potable a la ciudad".

A fines de 1865, la empresa de alumbrado a gas se transforma en una sociedad anónima denominada Compañía de Gas de Santiago. El objeto de la sociedad era la explotación del privilegio que Urmeneta e Eastman gozaban para la fabricación y venta de gas en Santiago en virtud de la ley de 21 de agosto de 1856 y el contrato celebrado con la Municipalidad, el 9 de octubre de 1856, para alumbrar la ciudad por medio de gas y suministrar su consumo a los particulares.

El capital fue fijado en ochocientos mil pesos, valor estimativo del citado privilegio, establecimiento, fábrica, propiedades raíces, y existencias de toda clase. Este capital fue dividido en 1.600 acciones de valor de quinientos pesos cada una, de las cuales correspondían a Urmeneta 1.200 y a Eastman 400.

Urmeneta e Eastman fueron los únicos socios fundadores de la compañía, asumiendo la dirección en su doble carácter de socios fundadores y representantes provisionales e interinos de la junta directiva y de la asamblea general de accionistas. Urmeneta no pudo vender la compañía, debido a las fuertes deudas que enfrentaba su empresa de fundiciones, que lo obligaron a hipotecar durante el resto de la década de 1860, todos sus bienes, incluyendo sus 1.200 acciones de la Compañía de Gas.

Solamente a partir de la década de 1870, cuando había superado los problemas de la empresa de fundiciones y recuperado las hipotecas, Urmeneta pudo poner a la venta algunas de sus acciones. Durante este período los socios ejercieron las funciones de consejo directivo y asamblea general.

Un cambio importante fue nombrar un administrador, Francisco Bascuñán Guerrero, con un sueldo anual de tres mil pesos, y los deberes y atribuciones señalados en los estatutos. Bascuñán Guerrero se había desempeñado como intendente de Santiago, y tenía el conocimiento necesario de la ciudad y sus problemas, además de influencias y amistades. Inmediatamente presentó a Urmeneta e Eastman un proyecto de organización que encontró acogida en los socios.

Al continuar con el negocio, Urmeneta e Eastman realizaron cambios tendientes a acentuar la eficiencia de la empresa y aumentar la rentabilidad. En la producción de gas, se realizaron reformas técnicas destinadas a mejorar los costos de producción y la calidad del gas. Era necesario también aumentar el consumo de gas entre los particulares, para lo cual se rebajó su precio de siete pesos los mil pies cúbicos a cinco pesos. Estas medidas tuvieron éxito, la rentabilidad de la empresa comenzó a aumentar, hasta alcanzar en 1871 una utilidad de 14,8% respecto del capital.

Ante el éxito de la empresa, Urmeneta decide enajenar 290 acciones de su propiedad. Seguramente las acciones estaban en alza. En enero del año siguiente, ya había transferido 269 acciones, distribuidas entre quince personas. De esta manera, la sociedad dejó de ser una sociedad de personas e inició su funcionamiento efectivo como sociedad anónima. El mismo mes, se llevó a efecto la primera asamblea general, eligiéndose la junta directiva, que quedó formada por las siguientes personas: presidente, Jerónimo Urmeneta; vicepresidente Jovino Novoa; directores propietarios, Adolfo Eastman, Pedro Nolasco Marcoleta y José Besa. Como administrador continuó Francisco Bascuñán Guerrero. Por entonces, la compañía tenía un capital de 860.000 pesos, dividido en 1.720 acciones de quinientos pesos.

La sociedad continuó con aumentos de capital que, a la muerte de Urmeneta, en 1878, alcanzaban a un millón de pesos dividido en dos mil acciones de quinientos pesos cada una, y una rentabilidad que no bajó del 15% respecto del capital. La administración de la empresa había pasado en 1873, a Jerónimo Urmeneta, quien la ejercería hasta su muerte, en 1881. La presidencia de la compañía la ocupó entonces Jovino Novoa, y al directorio se integró Maximiano Errázuriz. Durante su larga existencia, la compañía siempre tuvo entre sus principales accionistas y miembros de la junta directiva a un miembro de las familias Urmeneta, Eastman o Errázuriz.

En 1881, el capital de la sociedad estaba dividido en dos mil acciones de 500 pesos, las que estaban repartidas en 67 accionistas. Más de la mitad (1.207 acciones) estaba en manos de seis accionistas: la viuda de Urmeneta –Carmen Quiroga– con cuatrocientas acciones, la Compañía Chilena de Fundiciones con 283, Agustín Edwards con 221, Adolfo Eastman con 123, Federico Varela con cien, y Jerónimo Urmeneta con ochenta.

En 1887, la compañía modificaba sus estatutos, pasando a llamarse Compañía de Consumidores de Gas de Santiago, con un capital de un millón de pesos; las acciones se dividían en diez mil, con un valor de cien pesos cada una. Esta compañía prolongó su existencia hasta nuestros días, conociéndose actualmente con el nombre de GASCO S.A.

Inversiones financieras

La expansión comercial producida a partir de 1830, con la instalación de numerosas casas mercantiles extranjeras que conectaron al país con el comercio internacional, estimuló el uso de algunos instrumentos de cambio modernos como las letras de cambio, el pagaré, los bonos públicos, etc. El uso de las letras de cambio se vio estimulado por el propio gobierno, al usar este instrumento para servir sus deudas con Inglaterra. A partir de entonces, las letras de cambio comenzaron a constituir el medio más eficaz para pagar y mover capitales de una plaza a otra, dentro o fuera del país. Los bonos públicos emitidos por el gobierno para regularizar la deuda interna en 1837 y aquellos emitidos para garantizar préstamos de comerciantes al gobierno, fueron utilizados corrientemente como medios de pago. El pagaré, documento firmado como garantía de crédito minero, más que representar una

suma de dinero acreditaba una cantidad de mineral; debidamente endosado, el documento podía circular hasta quince veces.

El crecimiento económico estimuló las necesidades de crédito en las diferentes áreas de la economía y, por lo tanto, las operaciones de préstamo realizadas por habilitadores, casas comerciales y particulares. Al respecto, Fernando Silva expone: "Cuando las necesidades crediticias de la agricultura, de la minería y de los incipientes establecimientos fabriles no pudieron ser suplidas por las fuentes tradicionales surgieron al margen de toda legislación, sociedades y personas especialmente a ofrecer crédito. Entre 1850 y 1860 abundan comerciantes y habilitadores que muestran una marcada preferencia en este campo y que efectúan las operaciones típicas de los bancos, como recibir depósitos, emitir vales o billetes sobre estos, conceder préstamos y negociar documentos".

El primer intento de crear un banco de emisión se remonta a 1849, cuando Antonio Arcos presentó al gobierno un proyecto para la creación de un banco de emisión; sin embargo, la tenaz oposición de los comerciantes de Valparaíso y Santiago hace fracasar el intento. La revisión de los archivos notariales (década de 1850) de ambas ciudades muestra un cambio respecto a la década pasada: numerosas son las sociedades comerciales y de crédito que se están formando, los préstamos y habilitaciones muestran una presencia masiva de capitales y la necesidad de invertir en actividades comerciales, mineras y agrícolas.

La acumulación de capitales se concentró por una parte en las casas comerciales extranjeras –Alsop y Cía., Gibbs. y Cía. y Huth Gruning– que a lo largo de esos años experimentaron un éxito creciente en los negocios; y por otra en el sector minero "Edwards, Urmeneta, los hermanos Gallo, Cousiño". Con estas utilidades, pudieron expandir sus actividades mercantiles, situación que facilitó su participación en actividades financieras en la banca y sociedades anónimas.

La creciente expansión del mercado interno, la necesidad de crear nuevas empresas y la constitución de un sistema financiero moderno, eran tareas que los actores antes mencionados debían enfrentar. E. Cavieres sostiene que: "la transformación de los medios tradicionales de producción como la adopción de nuevas formas de explotación y refinamiento en actividades mineras y el fuerte proceso de urbanización de algunos centros del país, influyeron igualmente en la emergencia de asociaciones económicas que pudiesen canalizar en mejor forma las actividades empresariales y movilizar mayores cantidades de capital".

A mediados del siglo xix, comienzan a formarse naturalmente sociedades que reúnen grandes capitales e invierten en la construcción de ferrocarriles, en la organización de la banca y el establecimiento de compañías de seguros. La dinámica actividad financiera y la natural formación de sociedades anónimas, con masiva acumulación de capitales, hacen evidente la necesidad de legislar. Será el gobierno de Manuel Montt (1851–1861), en el cual tuvo destacada participación Jerónimo Urmeneta como ministro de Hacienda e Interior, el que llevará a cabo la modernización del sistema, al tomar su gobierno un giro más liberal en lo económico.

Así, durante la presidencia de Montt se promulgó la Ley de Sociedades Anónimas (1854), la Ley de Bancos (1860) y se autorizó al gobierno para preparar una reforma profunda a la legislación económica existente, la cual culminó en 1865, cuando el Congreso aprobó un nuevo Código Comercial que reemplazó la antigua Ordenanza de Bilbao.

En 1854, la tendencia liberal dentro del gobierno y la influencia del economista francés Courcelle-Seneuil, permiten la promulgación de la Ley de Sociedades Anónimas, que venía a ratificar una situación de hecho. La mayoría de las sociedades anónimas que se habían formado previamente a la ley, acreditaron jurídicamente su conformación como tales. En el resto de la década de 1850, surgen numerosas sociedades anónimas, mayoritariamente en Valparaíso, dedicadas a la construcción de ferrocarriles, la organización de la banca y compañías de seguros.

Durante la década de 1860, las sociedades anónimas se desarrollaron rápidamente. El centro financiero natural para la formación de estas sociedades fue la ciudad de Valparaíso, con el mayor movimiento de capitales y con ello el domicilio legal de la mayoría de las nuevas sociedades y compañías. Un estudio de Cavieres, respecto de las sociedades anónimas organizadas en Valparaíso entre 1850–1880, indica los porcentajes del capital total de las sociedades anónimas creadas, invertido en diferentes actividades económicas. En los años 1851–1859, el 64,2% se había destinado a ferrocarriles, el 18,03% a bancos y el 9,01% a seguros; para los años comprendidos entre 1860 – 1869, los bancos representan el 73,63%, seguros el 9,01% y ferrocarriles el 6,1%; y en los años 1870 – 1879, el 32,72% bancos, sociedades mineras el 32,6% y seguros el 11,9%.

Como podemos observar, las principales inversiones se concentraron en actividades financieras, compañías de seguros y operaciones bancarias; más atrás, las actividades de servicios, ferrocarriles e infraestructura urbana y, en forma más reducida, las actividades mineras e industriales. El alto porcentaje en sociedades mineras de la década del 1870 corresponde al auge de las explotaciones de plata en Caracoles; en el caso de inversiones industriales, éstas son mínimas.

Respecto a los socios y accionistas que concurrieron a la formación de este sector financiero, invirtiendo mediante sociedades anónimas, el mismo estudio indica que respecto al monto de las inversiones, éstas se repartían en dos tipos de inversionistas: nacionales y extranjeros. El primero era un grupo de chilenos reducido, pero con un alto nivel de inversiones, provenientes del sector mercantil y minero, como Edwards, Santos Ossa, Gallo, Urmeneta, Ramos, Alvarez, etc. El grupo extranjero, proveniente mayoritariamente de Inglaterra y, en menor cantidad, de Francia, Alemania, Estados Unidos, Italia y España, era más numeroso y con capitales similares o mayores a los invertidos por los chilenos.

La participación de empresarios mineros en la conformación del sector financiero nacional durante el período arriba referido, no merece discusión: basta con ver la composición de los socios fundadores de la mayoría de las sociedades anónimas formadas durante el período 1855 – 1878. Sus capitales

se dirigieron a la construcción de ferrocarriles, en la zona central y norte, y a la formación de bancos. Sus inversiones se caracterizaron por el aporte de grandes capitales, que los destacaban como accionistas mayoritarios, pero no era habitual que fueran los gestores de las sociedades.

José Tomás Urmeneta, es un caso típico.

INVERSIONES FINANCIERAS DE JOSÉ TOMÁS URMESETA

Empresa	Acciones.	Ur. pesos	Acciones U. y E.	Pesos	Años
Prestamista	—	—	—	—	1853 - 78
Besanilla Mac Clure y Cía	—	270.000	—	—	1855 - 63
Cía. Chilena de Seguros	10	10.000	—	—	1855 - 56
Banco de Valparaíso	100	50.000	—	—	1855 - 64
Ferrocarril del Sur	123	123.000	—	—	1855 - 73
Banco Nacional de Chile	200	200.000	200	200.000	1865 - 70
Cía. Ferrocarril de Tongoy	260	130.000	100	100.000	1865 - 70
Cía. de Gas de Stgo.	1200	600.000	—	—	1865 - 80
Cía. Chilena de Vapores	10	5.000	—	—	1870 - ?
Cía. de Construcciones de Stgo.	200	100.000	—	—	1872 - ?

El monto de las acciones de Urmeneta no permanecía estático: el siguiente cuadro muestra cómo algunas acciones fueron vendidas sin aumentar o disminuir su cantidad desde la compra inicial; en otro caso, éstas aumentaron sucesivamente, como en el Ferrocarril del Sur o, al contrario, fueron vendidas paulatinamente, pero al mismo tiempo invirtiendo en otras. En dos de las compañías, Urmeneta ocupó cargos directivos: en la de Gas naturalmente, y en la del Ferrocarril del Sur, desde su fundación hasta su liquidación en 1873.

MOVIMIENTO DE LAS ACCIONES DE URMESETA

Compañía	1853	1855	1864	1865	1867	1872
Cía. Chilena de Seguros	10	10				
Banco de Valparaíso		100	0			
Ferrocarril del Sur		50	123	123	151	160
Banco Nacional de Chile				200		0
Ferrocarril de Tongoy				280	280	0
Cía. Chilena de Vapores						10
Cía. de Construcciones de Stgo.						200
Cía. de Gas de Santiago				1200		1000



Las inversiones emprendidas por Urmeneta (alumbrado a gas, ferrocarril del sur, inmobiliarias) le cambiaron el rostro colonial a Santiago y lo transformaron en una urbe moderna. Un símbolo de este cambio fue el ferrocarril y los tranvías (Grabado en Republique du chili de F. A. Brockhaus 1903).

En el caso de la Sociedad Urmeneta Errázuriz, el movimiento en la compra y venta de acciones es muy dinámico. Entre 1865 y 1877, estuvieron constantemente comprando y vendiendo acciones, lo que indica un mercado accionario en movimiento. En las dos compañías de mayor movimiento de acciones, Maximiano Errázuriz ocupaba cargos directivos –el Banco Nacional de Chile y el Ferrocarril de Tongoy– y le entregaron dividendos en este período.

MOVIMIENTO DE LAS ACCIONES DE URMENETA Y ERRÁZURIZ

Años	65	69	70	71	72	72	73	74	75	76	76	77
Banco Nacional de Chile	200	30	175	202	20	20	20	48				
Banco de la Alianza						487		152	152			
Ferrocarril de Tongoy	260			25		35	86	234	182	235	106	0
Telegrafo Transandino						20					30	37

Las propiedades de Urmeneta

A lo largo de los años, Urmeneta acumuló una gran cantidad de propiedades (mansiones, fundos y casas-quintas) que significan un porcentaje importante dentro del total de su fortuna. La inversión en bienes raíces se presentaba como una buena área de inversión, poco riesgo y rentabilidad alta en el largo plazo, al diversificar su capital.

Las propiedades de Urmeneta se pueden dividir en dos áreas: las primeras corresponden a propiedades para el uso de él y su familia; y las segundas, a inversiones inmobiliarias.

PROPIEDADES DE USO PERSONAL DE URMENETA

Propiedad	ciudad	años de compra	valor	año de venta	valor
H. Guallillinga	Ovalle			1860	40.000
Mansión	Santiago	1848			
Mansión	Santiago	1853	39.200		
Palacio Tudor	Santiago	1870	400.000		
Quinta Bella	Santiago	1853-1865	32.925		
Casa	La Serena	1860	9.000		
Casa	La Serena	1865	8.000		

Las propiedades de uso particular de la familia Urmeneta se remontan a la época en que la familia residía en Ovalle; en una primera etapa, Urmeneta arrendaba la hacienda de Guallillinga, y cuando su fortuna fue en aumento (década de 1840) la compró. En la misma década, adquirió una casa en Santiago para que se instalasen sus hijas, que estudiaban en la capital, y sede para sus visitas a la ciudad como empresario y diputado por Ovalle.

En una segunda época –década de 1850– Urmeneta, ya convertido en un rico empresario nacional, compró la casa vecina a la de la calle Monjitas comprada en 1848, y las unió, quedando convertida la propiedad en una gran mansión con cocheras incluidas. En los mismos años, compró varias quintas y chacras en el llano de Santo Domingo, uniendo todas estas posesiones para levantar una hermosa propiedad conocida como la Quinta Bella, donde la familia llevaba una vida campestre. En la ciudad de La Serena compró dos casas que servían para albergar a la familia de Maximiano Errázuriz –que trabajaba en Guayacán– y al propio Urmeneta en sus visitas a la provincia de Coquimbo.

Finalmente, al terminar la década de 1860, Urmeneta, al igual que otros ricos empresarios, comienza la construcción de un imponente palacio estilo Tudor en la calle Monjitas, para lo cual fue necesario derribar la antigua mansión y comprar la casa posterior. El costo del palacio fue de cuatrocientos mil pesos, y para completar su decoración viajó de compras a Europa.

De esta manera, tenía dos grandes propiedades para residir en la capital: una, ubicada en pleno centro de Santiago, en uno de los barrios más elegantes de la capital, y la otra, una quinta en las afueras de la ciudad para disfrutar de la vida de campo. Otra residencia importante era la hacienda de Limache.

INVERSIONES INMOBILIARIAS DE URMENETA

Propiedad	Ciudad	Año de compra	Valor	Año de venta	Valor
Casa-quinta	Santiago	1856	31.000	1871	50.000
Casa-quinta	Santiago	1857	—	1872	5.446
Casa-quinta	Santiago	1862	—	—	—
Casa-quinta	Santiago	—	—	1873	16.316
Casa-quinta	Santiago	—	—	1878	12.179
Casa	Santiago	1857	20.000	—	—
Casa	Santiago	1868	12.000	1876	14.500
Fundo	Santiago	1860	34.671	1861	41.250
Fundo	Santiago	1860	76.500	1872	48.000
Terrenos	Santiago	1878	27.600	—	—
Casas	La Serena	1863	12.000	—	—
Casa-quinta	Valparaíso	1869	47.915	1870	59.857
Casas	Valparaíso	1868	85.000	1873	100.000
Hacienda	Osorno	1861-63	—	1871	80.000

La inversión inmobiliaria de Urmenate se concentra en Santiago, La Serena, Valparaíso y Osorno. La mayoría corresponde a Santiago: diez propiedades (cinco casas-quintas, dos casas, dos fundos, y varios terrenos), son compradas durante la primera etapa de gran empresario de Urmenate, entre 1853 y 1860, como una manera de diversificar su capital. En la misma línea, se encuentra la compra de terrenos y hacienda en Osorno; en cambio, las propiedades en Valparaíso y La Serena no corresponden a inversiones inmobiliarias sino más bien a eventuales adquisiciones a través del remate de las propiedades de los deudores de Urmenate.

Estas propiedades eran arrendadas y en otros casos no sabemos si eran ocupadas por familiares de Urmenate o trabajadas (en el caso de casas-quintas y fundos) por administradores o medieros. La mayoría de las propiedades comienzan a ser vendidas a partir de la década de 1870, en algunos casos, con alta rentabilidad o bien son regaladas a parientes o sirvientes leales. En todo caso, la inversión en bienes raíces se presenta como una inversión segura, carente de riesgo y con una clara rentabilidad en el largo plazo.

La hacienda de Limache

Las primeras inversiones en tierras agrícolas las realizó en la región de Santiago, comprando varias chacras y fundos en la década del cincuenta. En 1860, siguiendo la huella de otros mineros y comerciantes enriquecidos, invirtió en la compra de una hacienda en la zona de Limache.

El predio era parte de la antigua hacienda de San Pedro de Limache, propiedad de los jesuitas hasta su expulsión, en 1767. Fue rematada once

años después por José Sánchez Dueñas, en la suma de \$ 64.852 y siete reales. En el primer tercio del siglo XIX se hizo la división de los predios entre dos nietos del comprador, correspondiendo a uno la valiosa hacienda de regadío de San Pedro, y a otro, la estancia de Limache, regada sólo a retazos por las aguas de su estero.

Esta última propiedad, a la muerte de su dueño, sería dividida en hijuelas. Sin embargo, al ser rematada, en marzo de 1860, y adjudicada a Urmeneta pudo conservarse íntegra. El remate fue realizado por medio de los banqueros de Urmeneta, Alsop y Cía., en la suma de \$ 252.000. La hacienda tenía una superficie de 5.805 cuadras y sus límites alcanzan hasta Concón, Viña del Mar, Quilpué, San Francisco de Limache y Tabolango.

En agosto del mismo año, compró a Ovalle Hermanos –en la suma de \$ 94.000– gran parte del canal que éstos construían para regar la hacienda de Limache. Esta adquisición permitiría ampliar la superficie cultivable de la hacienda.

Urmeneta y su familia estaban instalados en la hacienda a mediados de 1860; la propiedad, a medio camino de Santiago a Valparaíso, le permitía continuar con la diversificación de su capital en diferentes sectores económicos, tener la vida campestre que la familia había llevado anteriormente en Sotaquí y Guallillinga, y alcanzar el *status* de latifundista.

Como en otras empresas, inició una serie de transformaciones en la hacienda que la convertirían en una de las más modernas y prósperas del país. Finalizando la década de 1860, contaba con dieciocho potreros perfectamente regados y trabajados por moderna maquinaria importada de Europa, que permitía producir trigo, cebada, maíz, frejoles, papa, nueces y pasto para los animales. Al mismo tiempo, una parte de la hacienda fue destinada al levantamiento de una viña, plantándose 115.000 cepas francesas que producían vinos y aguardientes. El ganado, en general, fue aumentado. Para mejorar la calidad del ganado vacuno se trajó toros finos de raza inglesa, y las vacas lecheras aumentaron su número para mejorar la producción de leche y sus derivados; hubo una especialización hacia el ganado lanar. La producción de la hacienda era enviada hacia el puerto de Valparaíso o hacia Santiago, por medio del ferrocarril, que tenía una de sus estaciones en los límites de la hacienda.

En 1868, decidió entregar en arriendo gran parte de la hacienda; sólo quedarían fuera de este contrato la viña y la casa patronal. En realidad, buscaba delegar en una administración eficiente las tareas que demandaba una hacienda de tan grandes dimensiones. Él solo se reservaba la parte de la viña, casa patronal, bosque privado y jardines, como un lugar de descanso y satisfacción de su vocación viñatera.

El arrendatario era José María Valdés Vigil, quien arrendaba con: "todos los ganados vacunos, lanares, y cabalgar del señor Urmeneta que existen en la hacienda actualmente y además todas las máquinarias, carretas, herramientas, utiles y aperos de la misma propiedad existentes en el fundo", quedando obligado a dedicar todo su tiempo a la dirección y administración de la hacienda. El arriendo era por seis años obligatorios, con el canon si-

guiente: seis mil pesos los dos primeros años, ocho mil pesos los dos siguientes y diez mil los dos años restantes.

El arrendatario se veía obligado, por el contrato, a emprender una serie de arreglos en la hacienda, por lo que las utilidades serían divisibles en partes iguales entre Urmeneta y Valdés, pero no podían ser sacadas durante el término del contrato "pues debían ser aplicadas al fomento de la negociación, y solo serán repartidas en dividendos previo acuerdo del arrendador y arrendatario". Valdés podía retirar dos mil pesos anuales para sus gastos personales. Además, debía vender el ganado lanar, vacuno y yeguas que no necesitara, e invertir su valor en vacas lecheras y ovejas finas. Y, por último, debía abonar a la negociación, al término del contrato, las siguientes mejoras: una casa nueva para la hacienda, corrales y edificios de lechería, y una acequia para regar los potreros llamados Bocas de Borrero.

El arriendo de la hacienda de Limache, sin la viña, la dividió en dos partes. La viña ocupaba una parte de terreno poco considerable, pero los principales edificios de la hacienda pasaron a ser parte de ella: la casa patronal, galpones, etc. Esto obligó al arrendador a construir nuevas viviendas y galpones para la hacienda, y emprender la administración desde una casa arrendada mientras construía una nueva casa patronal.

La labor, como arrendatario y administrador de la hacienda de Limache, realizada por José María Valdés fue un éxito. En 1876, el contrato de arriendo fue renovado por tres años más, con un canon anual de catorce mil pesos. Durante los años de arriendo fueron levantados nuevos edificios: una nueva casa patronal, casa de despacho, casa del tenedor de libros y galpones; se aumentaron la masa ganadera, con una especialización hacia la ganadería lanar, y las vacas lecheras; se construyó edificios de lecherías, corrales y galpones donde se elaboraba los derivados de la leche; se habilitaron nuevos potreros con el mejoramiento y construcción de nuevos canales interiores, aumentando la producción agrícola.

La viña, por su parte, lugar de descanso de Urmeneta hasta su muerte, fue constantemente arreglada, se edificaron grandes bodegas con subterráneo para almacenar los toneles de fermentación y vasijería. Los vinos pronto alcanzaron fama en Santiago y Valparaíso, ganando premios nacionales e internacionales.

En 1877, al publicar Vicuña Mackenna su libro *De Valparaíso a Santiago*, elogiaba, en varias páginas, la hacienda de Limache: "el tren al salir de Limache, describe una vasta curva para embocarse en el túnel de San Pedro, y presentar al viajero la ocasión de echar una rápida mirada a los bosques, mansión y jardines de Limache, hacia la derecha, y a las casas de la hacienda, su lechería, y demás dependencias a la izquierda. Este hermoso predio ha sido distribuido a la inglesa. Hacia una parte, entre las colinas, el parque y el Chateau, hacia la otra, la granja, es decir los departamentos de administración y labranza". Calculaba el valor de la hacienda, sin regatear, en un millón de pesos y su producción anual, en cien mil pesos. A la muerte de Urmeneta la hacienda pasó a la familia de Eastman.

Estructura y administración de los negocios

La estructura

Los nuevos grupos empresariales (casas mercantiles, banqueros, y productores) a partir de la década de 1850 llevaron a cabo nuevas empresas que se caracterizaron por la diversificación de sus inversiones, orientándose hacia el sector exportador minero: mecanización parcial de la extracción minera, levantamiento de una industria de fundiciones y de la minería del carbón; actividades financieras, con la fundación de casas de crédito, los primeros bancos y sociedades anónimas; transporte terrestre y marítimo, con los ferrocarriles mineros, el de Santiago–Valparaíso y Santiago al sur, nuevos caminos carreteros y líneas de vapores; mejoramiento urbano, con el alumbrado a gas de las principales ciudades, agua potable, nuevos edificios y palacios, tranvías y actividades agrícolas, con nuevas máquinarias, levantamiento de viñas, molinos y canales de regadío.

A pesar de la diversificación, los empresarios nacionales tendieron hacia la especialización productiva o financiera y la integración vertical de sus inversiones. Los principales empresarios comenzaron a destacarse en alguna actividad específica: Edwards era conocido como el "hombre de las finanzas", Urmeneta el "hombre del cobre", Cousiño el "hombre del carbón" y Waddington el "hombre del comercio". Pero esta especialización e integración vertical u horizontal de empresas fue más una tendencia que una realidad concreta. Los empresarios, con la diversificación buscaban aminorar los riesgos, al estilo de los empresarios coloniales, pero también sus inversiones al volcarse sobre los distintos sectores económicos provocaron crecimiento y modernización en diferentes empresas, algunas de las cuales llegaron a estar integradas vertical u horizontalmente. Todo lo anterior define a este empresario como de transición, entre el empresario colonial y el empresario moderno, que es lo más lógico en una economía que transita hacia la completa instauración de un modo de producción capitalista y la conformación de una burguesía que tome el control de la economía y aumente su poder político.

La carrera empresarial de Urmeneta presenta las siguientes características: una diversificación de sus inversiones, con una tendencia hacia la especialización productiva y la integración vertical de ciertas empresas en función de la producción de cobre en barra refinada. La diversificación de sus capitales en catorce tipos de empresas (entendidas como negocios en donde se invierte capital para generar un beneficio llamado utilidad), se caracterizaron por ser empresas modernas (tanto financieras como productivas) algunas de las cuales alcanzaron un importante grado de integración vertical.

La principal área de inversión de Urmeneta es la minería del cobre, origen de su fortuna y principal producto de exportación de la economía nacional. A través de una gran inversión, se especializa en la producción de cobre en barra refinada, conformando varias empresas (propiedad individual, colectiva o anónima) que buscan integrarse verticalmente para facilitar la eficiencia y reducir los costos: las minas de cobre de Coquimbo y Atacama;

las minas de carbón en Lota, Coronel y Lebu; la empresa de fundiciones Urmeneta y Errázuriz, con la gran fundición de Guayacán y sus fundiciones menores, el camino terrestre y ferrocarriles para transportar el mineral desde las minas a la costa (donde se encuentran las fundiciones), las naves para transportar las materias primas de una provincia a otra; líneas de crédito para los productores locales.

A pesar de que esta estructura permitía producir cerca del 35 % del cobre en barra del país, la integración fue precaria, las empresas nunca llegaron a estar integradas a una sola gran entidad y algunas de ellas no lograron tener un suministro adecuado de materias primas, y fueron un fracaso, como el carbón y la turba. Además, dependían del suministro de cobre de los productores que financiaban con crédito. Eso último era clave: el crédito; la empresa de fundiciones y la comercialización de su producción dependía de las casas mercantiles extranjeras (Alsop y Cía., Gibbs y Cía.), con lo cual existía una fuerte dependencia en materia de crédito y una constante inseguridad respecto al precio final del cobre, base para determinar las ganancias o pérdidas.

El riesgo que significaba la inversión en la empresa cuprífera, llevó a Urmeneta a diversificar su capital en otros sectores, como la industria, las finanzas, la especulación inmobiliaria y la agricultura. La inversión en el sector industrial por parte de los empresarios fue mínima, no existió producción de manufacturas elaboradas, más bien fueron industrias que surgieron en servicios y producción de materias primas semielaboradas. En el caso de la fábrica de alumbrado de gas de Santiago, la inversión estaba respaldada por un privilegio exclusivo de treinta años y toda otra serie de privilegios, el molino surgió en momentos del auge de la exportación de harina y trigo a California y Australia. La inversión financiera fue atractiva para Urmeneta: recién instalado en Santiago, fue un importante prestamista. Posteriormente, participa como socio de una casa de crédito, para, finalmente, concentrar sus inversiones en acciones de sociedades anónimas. La inversión en bienes raíces, más allá de la opulencia de las mansiones, palacios y quintas de placer, todas de alto valor, constituyó una importante especulación inmobiliaria, al comprar y vender varias casas, quintas, fundos y terrenos de su propiedad. Finalmente, las inversiones en agricultura fueron muy relevantes al comprar la importante hacienda de Limache, dotándola de importantes mejoras que incrementaron su valor: canal de regadío, viña y maquinarias.

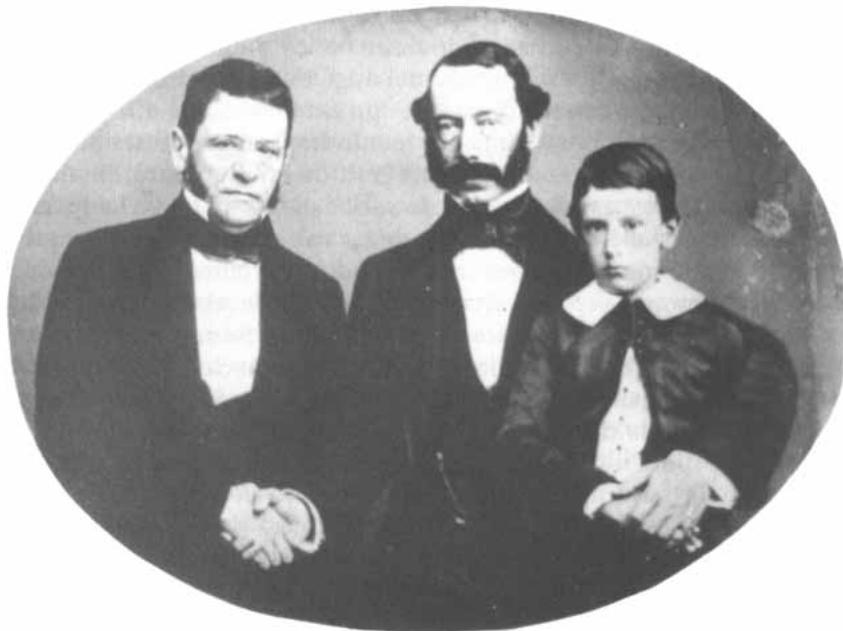
A mediados de la década de 1860 intentó seriamente avanzar hacia la especialización productiva del cobre en barra. La baja de precios y la siguiente crisis de su empresa de fundiciones lo convencen de que la diversificación de sus inversiones es la mejor manera de protegerse frente a los riesgos del negocio del cobre, debido a la fuerte oscilación de los precios. Después de este intento, Urmeneta mantendrá su estructura de inversiones (además, estaba obligado, al tener hipotecadas todas sus empresas) manteniéndola hasta el final de sus días, asumiendo una actitud conservadora, al no intentar invertir en la incipiente industria salitrera o en alguna actividad industrial manufacturera. Sin embargo, el estilo empresarial de Urmeneta le

permitió mantener su fortuna e incrementarla con el paso de los años, sin perder nunca su papel de gran empresario nacional.

La administración

El modelo de administración de Urmeneta fue centralizado, al igual que todos los empresarios de la época. Las catorce empresas en que se dividía su fortuna (propiedad individual, colectiva, anónima) eran administradas directamente por Urmeneta en todos los grandes asuntos que requerían su resolución. En sus empresas más importantes (fundiciones y alumbrado de gas) incorporó como socios a sus yernos, quienes actuaron como socios-gerentes, y en otras menores, a su hermano. En las demás actuaban administradores, la mayoría de origen extranjero al igual que en los mandos medios (ingenieros y técnicos).

La relación de Urmeneta con otros grandes empresarios y con las casas mercantiles extranjeras tenía las siguientes características: en general, esos empresarios no participaron como socios en grandes empresas productivas o financieras; cada uno prefirió tener su propia parcela de inversión y desde ahí asociarse con sus pares en las grandes empresas, mediante sociedades anónimas, en especial, la formación de bancos y ferrocarriles. En estas sociedades también participaban las grandes casas mercantiles extranjeras, a las que los empresarios nacionales no rechazaban para formar sociedades, pero tampoco podemos decir que no existiera una molestia por el papel que al-



José Tomás Urmeneta, entre el inglés Edmundo Eastman y su hijo Carlos Eastman Quiroga. El daguerrotipo es representativo de como se dieron las relaciones entre los comerciantes ingleses que llegaron al país y el empresario nacional. (Museo Histórico Nacional).

canzaban en la economía nacional, en especial la Casa Gibbs y Cía., con la que Urmeneta tuvo grandes problemas. Debemos decir que los empresarios nacionales tendieron a imitar el comportamiento empresarial de los extranjeros de Valparaíso, en especial, de los ingleses. Había una identificación con el nuevo modelo cultural que proponía la emergente burguesía europea que llegaba a nuestras costas a través de los empresarios extranjeros. De hecho, Urmeneta asumió completamente el modelo de la burguesía inglesa.

La vida pública

La política

La participación de los hombres de negocios –un empresario, como José Tomás Urmeneta– en la vida política nacional, cada vez se vuelve más importante en la medida que avanza el siglo pasado. Por una u otra razón, los principales capitalistas del Chile decimonónico estuvieron en el Parlamento ocupando cargos de diputados o senadores y en el gobierno, ocupando cargos ministeriales.

La participación de José Tomás Urmeneta y de su hermano Jerónimo se remonta al gobierno de Manuel Bulnes. Durante éste, José Tomás Urmeneta, por entonces un importante minero regional, es elegido diputado por La Serena para el período 1846 – 1849; por su parte, Jerónimo, después de una carrera meteórica en la aduana de Valparaíso, es designado Ministro de Hacienda al finalizar el gobierno de Bulnes.

En el siguiente período parlamentario, José Tomás Urmeneta nuevamente fue elegido Diputado, esta vez por Ovalle; sin embargo, debido a los graves problemas económicos que atravesara, renunció al cargo. Por su parte, Jerónimo Urmeneta continuó como Ministro de Hacienda del gobierno de Manuel Montt hasta 1852; durante su ministerio hizo importantes reformas: nueva ley de aduanas, sistema tributario y régimen monetario.

En el período 1852–1855, los hermanos Urmeneta fueron elegidos diputados: José Tomás por Elqui y Jerónimo por Valparaíso. Ambos representaban al nuevo sector impulsado por Montt y Varas, como base de apoyo. Eran denominados conservadores progresistas y estaba conformado por nuevos ricos, jóvenes letrados y grupos de emergentes provincianos, que pronto formaron el nuevo partido, de inspiración Montt–Varista, llamado Nacional. Como ejemplo, Urmeneta es designado, en 1853, consejero de Estado.

En 1855, se produjeron nuevas elecciones parlamentarias y la reelección de Montt para un nuevo período de cinco años; el triunfo gobiernista fue total con mayoría conservadora "ultramontana" en el Senado y de los futuros nacionales en la Cámara de Diputados. Entre los senadores gobiernistas elegidos se encontraba José Tomás Urmeneta, para el período 1855–1864; Jerónimo Urmeneta era elegido diputado por Valparaíso, y además continuaba como presidente de la Cámara de Diputados, como reconocido líder de los futuros nacionales.

En el segundo período de Montt, el partido de gobierno –pelucón– sufrió

una fuerte división a causa de los diversos grupos, con ideas e intereses diferentes, que lo conformaban. El detonante fue la llamada "cuestión del sacerdote", disputa entre el arzobispo Valdivieso y el presidente Montt, que llevó al sector conservador ultramontano a convertirse en opositor al gobierno y al sector conservador progresista a identificarse con Montt y configurar el nuevo partido de gobierno llamado Nacional.

A partir de ese instante, los grupos liberales opositores al gobierno se unieron con el grupo conservador ultramontano, provocando una seria oposición a Montt, al tener mayoría en el Senado. Para seguir gobernando, Montt organizó un nuevo Ministerio, a cargo de un hombre de su confianza, Jerónimo Urmeneta, en el cual participaron conservadores y liberales. A pesar de esto, la situación continuó polarizándose; las elecciones de 1858 enfrentaron a nacionales, liberales y conservadores en una clima de efervescencia electoral no visto antes en la joven república. El triunfo de la lista del gobierno, especialmente en Santiago, y la pronta elección presidencial, donde el gobierno tendría todas las posibilidades de imponer su candidato, llevaron a los sectores liberales a encabezar una revuelta –conocida como la revolución de 1859– para derribar al gobierno de Montt.

La revuelta se desarrolló durante el primer semestre de 1859, y tuvo éxitos iniciales en el centro y norte del país, para luego ser vencida por el ejército leal al gobierno. En este clima debía realizarse la elección presidencial, en la que todos daban como seguro candidato y sucesor de Montt a Antonio Varas; sin embargo, Montt buscaba conformar la unidad del viejo peluconismo, a través de un avenimiento con los conservadores, que no aceptaban a Varas. Este último, al asumir el Ministerio del Interior, había manifestado su intención de no aceptar la presidencia de la república. El Partido Nacional, que veía los intentos de Montt de buscar un candidato de concordia, buscó entre sus filas a otros candidatos, hasta llegar al acuerdo de ofrecer la candidatura al senador José Tomás Urmeneta, quien no aceptó.

Los nacionales volvieron a pensar en Antonio Varas y, en diciembre de 1860, el directorio del Partido Nacional, reunido en la casa de Matías Cousiño lo designó candidato, nombrándose una comisión, compuesta por José Tomás Urmeneta, Silvestre Ochagavía, Domingo Matte, Francisco Javier Ovalle y Manuel José Cerda, para comunicar al Presidente y al candidato la decisión del partido de gobierno. En enero de 1861, Varas renunció definitivamente a la candidatura, obligando a los nacionales a buscar otro candidato que reuniera la cualidad de facilitar un entendimiento con los conservadores, como era el deseo de Montt. El candidato fue el senador José Joaquín Pérez, quien fue elegido presidente con el apoyo de todos los partidos, para luego perfilar su gobierno como una alianza de liberales y conservadores.

De la participación política de José Tomás Urmeneta, durante el período presentado a grandes pinceladas, podemos sacar varias conclusiones. En un primer momento, se presenta como un minero emergente en el plano regional, que representa a su zona como Diputado, y a través de la participación política, puede acercarse a Santiago y participar de los cerrados círculos capitalinos. Posteriormente, cuando las minas de Tamaya lo convierten en uno

de los hombres más ricos del país, su imagen se acrecenta y es elegido Senador, por un período de diez años, y consejero de Estado.

Durante su participación parlamentaria, fue miembro de las comisiones de Hacienda e Industria; también participó en la comisión conservadora, y como representante del Senado en el directorio de la Caja de Crédito Hipotecario. Al revisar su asistencia a las sesiones de la Cámara de Diputados, y posteriormente la de Senadores, observamos que en una primera etapa participó activamente. Igual cosa sucede como Senador hasta 1858; pero de ahí en adelante, su participación disminuye considerablemente, y asiste a escasas sesiones, habiendo años, incluso, en que no asistió a ninguna. Al finalizar su período como Senador estaba totalmente desentendido de su papel.

Políticamente partió como un conservador progresista, partidario del gobierno de Montt. Luego, participaría activamente en el Partido Nacional, que le ofreció la candidatura presidencial en 1861, la cual no aceptó. Al finalizar su período como Senador, en 1864, no continuaría ocupando cargos parlamentarios, pero seguiría participando en la política apoyando la carrera de sus yernos y movilizando todas sus influencias. En 1871, volvería a participar, cuando una convención que reunía a las fuerzas políticas opositoras al gobierno de Pérez lo designó candidato a la presidencia de la república para la elección de ese año. Para entender como se dieron estos hechos debemos ver a grandes rasgos el gobierno de José Joaquín Pérez.

El nuevo Presidente inició su gobierno con un gabinete Montt–Varista, conformado por nacionales, que renunció en abril de 1862, siendo reemplazado por políticos de la fusión liberal–conservadora, que se unían por una común animadversión a los nacionales, que pasaban a la oposición. El nuevo gabinete, encabezado por el conservador Manuel Antonio Tocornal, partió con dificultades, al no tener mayoría en las Cámaras, que dominaban los nacionales; pero en las elecciones de 1864, la maquinaria electoral del gobierno dio un amplio triunfo a la fusión liberal–conservadora, cambiando la situación.

En estas elecciones, Urmeneta movilizó todas sus influencias para que su hermano y sus yernos resultaran elegidos diputados por la provincia de Coquimbo, aprovechando su poder económico en la zona. En marzo del mismo año, mandaba a Matías Ovalle a la provincia de Coquimbo a realizar el trabajo político, para asegurar la elección, mientras él negociaba en Santiago con el gobierno.

El resultado final, después de varias negociaciones, permitió que Adolfo Eastman fuera elegido Diputado por Ovalle y Errázuriz, al no ir en la lista del gobierno, perdiera la elección, con el disgusto de Urmeneta: "bastante disgustado estoy por el resultado de las elecciones; mucho más cuando se pierde por falta de previsión y mezquindad".

En los dos años siguientes, la lucha política se vio suspendida por la costosa guerra contra España, que debió sostener el país, y que significó el derrumbe político de Tocornal y el surgimiento como nuevo líder de la coalición gobernante, del liberal Federico Errázuriz Zañartu. El nuevo Ministerio, dirigido desde la cartera del Interior por Errázuriz obtuvo un amplio triunfo

en las elecciones parlamentarias de 1867, la mayor parte, liberales leales a su persona. En estas elecciones se dieron mejor las cosas para los yernos de Urmeneta, resultando elegido, en departamentos donde la influencia económica de ellos era notable: Errázuriz Diputado por Vallenar e Eastman por La Serena.

A pesar del notable triunfo electoral de sus yernos, se mostraba disgustado por el triunfo conseguido por la fusión liberal-conservadora, en base de fraude y tropelías, en desmedro de los nacionales, con los que simpatizaba: "la política aquí sigue mal las infracciones de la ley y tropelías cometidas por el gobierno en las elecciones de diputados y electores que ha tenido lugar ayer y antes de ayer han exasperado mucho los ánimos, según los partes telegráficos que van llegando de las provincias y temo la reacción; nada importaba al gobierno diez o doce de oposición en las cámaras contando con una gran mayoría, pero ha hecho lo contrario, y que no salga uno de oposición, lo que puede ser funesto para el país. Usted saldrá diputado por Coquimbo y Vallenar, supongo que admitira por el primer departamento, Adolfo saldrá por Quillota. Se prepara un gran partido de oposición al gobierno con los antiguos Montt-varistas, haciendo a un lado a los antiguos jefes que están metidos en sus casas sin tomar ninguna parte en la política, los Rojos o radicales que aunque pocos hacen mucho ruido, y por último todos los descontentos del mismo partido gobiernista encabezados por Santa María".

Ese mismo año, Federico Errázuriz, desde la cartera de Justicia, inició un acusación contra la Corte Suprema, con el fin de atacar a Manuel Montt máxima figura del tribunal, provocando una áspera lucha política que terminó con la absolución de Montt y con la renuncia de Errázuriz. La maniobra de Errázuriz había buscado distanciar a conservadores y nacionales para evitar cualquiera posible unidad entre ambas fuerzas, que pudiera dejar fuera de la futura presidencia a un liberal, en especial, a él. En las filas nacionales levantó un liderazgo, el de los grupos más progresistas y anticlericales dirigidos por Varas, que prontamente buscaron la unidad con los grupos más liberales y radicales de la oposición.

La nueva unidad se vio cristalizada en la fundación del Club de la Reforma de Santiago, el 4 de septiembre de 1868, encabezado por un grupo de nacionales progresistas. Los fundadores del club se presentaron al país con un manifiesto y un programa de ocho capítulos, donde manifestaban sus ideas y reformas de carácter liberal que estimaban convenientes, para la marcha política del país.

Al año siguiente, los partidos de la oposición y el Club de la Reforma actuaban en forma conjunta; la primera prueba, la tuvieron en las elecciones parlamentarias –abril de 1870– donde, en una combativa campaña, lograron detener un triunfo aplastante del gobierno, obteniendo cuarenta de los 99 diputados que llegaron a la Cámara. Meses después –10 de septiembre– los representantes de la oposición al gobierno se citaban para preparar su actuación frente a las futuras elecciones presidenciales.

Se reunieron en la casa de Jerónimo Urmeneta los representantes de los principales partidos de oposición: Radical, Liberal, Progresista, Reformista y

Nacional, con el fin de organizarse para enfrentar las próximas elecciones presidenciales. Durante la primera semana de 1871 se reunieron en Santiago los 71 delegados que representaban a los partidos de oposición: Presidente de la convención fue designado Jerónimo Urmeneta y secretario, Isidoro Errázuriz; encargados de redactar el programa de la candidatura, fueron elegidos Pedro León Gallo, Isidoro Errázuriz, Ignacio Zenteno y Miguel Elizalde.

La primera tarea de la convención fue preparar el programa, que quedó resumido en nueve puntos. Los principales eran: "I. Amplias garantías individuales; libertad religiosa, de enseñanza y de asociación; III. Independencia de los poderes públicos e incompatibilidad de funciones legislativas con el desempeño de un cargo público rentado; V. Prescindencia absoluta de las autoridades en las elecciones; VII. restricción de las atribuciones del presidente de la República IX. Reforma de la constitución y de las leyes orgánicas, de conformidad con la leyes enunciadas".

En la búsqueda de un acuerdo en el programa de gobierno se habían presentado dificultades para conciliar la opinión de los diferentes partidos. Igual cosa sucedió para designar al candidato: en la primera ronda de votaciones, ninguno de los candidatos obtuvo las $\frac{3}{4}$ partes, que se necesitaban para ser designado. Después de dos días de votaciones, ninguno de los posibles candidatos (Jerónimo Urmeneta, Pedro León Gallo y Domingo Arteaga) obtenía la mayoría necesaria. Ante esta situación, Juan Pablo Urzúa, dueño y redactor del diario *El Ferrocarril*, propuso que se llamara a votación sobre candidatos que no se habían consultado a los delegados, proponiendo al mismo tiempo a José Tomás Urmeneta, que contaba con el apoyo de los radicales. Al realizarse la votación surge el nombre de José Victorino Lastarria; enfrentados en tres votaciones con Urmeneta, el último logra la mayoría necesaria, 52 votos contra siete de Lastarria.

Inmediatamente se designó una comisión (Manuel Recabarren, José Manuel Balmaceda, Luis Cousiño, Vicente Reyes y Luis Ovalle) para que comunicara a Urmeneta la noticia de su designación. Al entrevistarse con Urmeneta, éste les manifestó: "que alejado algún tiempo atrás de la política, había seguido no obstante con el mayor cuidado la marcha de nuestros debates, debates que dan indicios seguros del adelanto que hemos realizado en la práctica democrática y leal de nuestros principios republicanos y que aceptaba el programa formulado por la convención como un resumen de ideas que eran suyas. Pero agregó que a pesar de la atención especial que a nuestros debates había prestado le era imposible darnos desde luego una contestación sobre la candidatura que llevaba un honor, que estaba profundamente agradecido y era su deseo tener un tiempo para meditar, no sobre su interés personal, pues estaba dispuesto a prestar cualquier servicio, sino la necesidad de examinar su propia candidatura ante el interés general del país".

Al día siguiente, aceptaba la candidatura con esta carta: "Señores la designación para la candidatura a la presidencia de la República que la respectada convención de delegados se ha servido hacer en mí persona, ha venido

a sorprenderme en mi retiro y a obligarme a tomar en cuenta por mí parte, mis fuerzas y por otra los grandes deberes que impone aquel cargo. Presidir la República es constituirse en el primero y más abnegado de sus servidores, en celoso guardián de la observancia de las leyes, y en solicito promotor de las mejoras de sus instituciones, en conformidad a sus necesidades y a la opinión ilustrada del país... me pongo pues con decisión al servicio de tan alta y noble tarea emprendida por ustedes de establecer en el país un régimen de verdadera libertad y progreso".

Al conocerse el candidato de la oposición, los dirigentes de la unidad liberal-conservadora gobernante, se apresuraron a convocar a una convención que se celebraría en Santiago, el 1 de abril de 1871, para designar al candidato que pudiera "Continuar la obra tan felizmente iniciada (por el presidente Pérez), ensanchar las pacíficas conquistas que sin violencia se han verificado; asegurando la vida regular y legal de la República". La convención reunió a 91 delegados que designaron, sin mucha discusión, a uno de los principales dirigentes del gobierno, Federico Errázuriz Zañartu, el que aceptó la candidatura con las siguientes palabras: "No necesito, señores, de programa, pues os son bien conocidos mis principios, mis ideas y la cooperación franca y decidida que he prestado a la política de libertad y reforma del digno presidente que hoy rige los destinos de la República".

La fuerza de ambos candidatos para encarar las elecciones, que se verificarían en junio de 1871, era diferente. Por una parte, Errázuriz tenía el apoyo oficial del gobierno, de los conservadores liderados por el arzobispo Valdivieso, hacendados de Santiago y provincias, entre los que se contaban Patricio Larraín Gandarillas, Juan de Dios Correa de Saa, Manuel José Irarrázabal y de un pequeño apoyo de intelectuales: Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, Zorobabel Rodríguez y Abdón Cifuentes. Con el apoyo del gobierno, Errázuriz aseguraba la elección, al controlar la maquinaria electoral y, además, con el importante apoyo de los hacendados conservadores reunía una buena caja electoral y un control sobre las provincias.

Con el respaldo que tenía Errázuriz, pocas eran las posibilidades de Urmeneta, pero el tremendo apoyo que recibió al volcarse en su favor la gran mayoría de la élite nacional, despertó esperanzas en un triunfo. En efecto, contaba con la adhesión de todos los grandes valores de la época: los mayores empresarios del país; la inmensa mayoría de los intelectuales, políticos, periodistas, estadistas y los jóvenes valores de la política, el empresariado y las letras. Entre los más connotados partidarios de Urmeneta, podemos citar a: Luis Cousiño, Agustín Edwards, Silvestre Ochagavía, Pedro Nolasco Marcoleta, José Francisco Vergara, José Victorino Lastarria, Pedro León Gallo, Jorge Délano, Justo y Domingo Arteaga Alemparte, Juan Pablo Urzúa, Domingo Santa María, Enrique Mac Iver, Eduardo de la Barra, Ángel Custodio Gallo, Domingo Matte, Jerónimo Urmeneta, Vicente Reyes, Fanor Velasco, Jovino Novoa, Miguel Cruchaga, Manuel Montt, Antonio Varas Fermín Vivaceta y muchos otros más.



En la plenitud de su vida Urmeneta aspira a dirigir los destinos del país apoyado por las corrientes progresistas de la época. (Óleo de B. Pagani Museo Histórico Nacional).

La campaña se realizó con gran fuerza e intensidad a través de los periódicos. Desde el diario *El Independiente* de Santiago, *La República* y *La Revista Católica*, se atacaba a Urmeneta, y los diarios *El Ferrocarril* y *El Liberal* eran los órganos de prensa encargados de apoyar a Urmeneta y atacar a Errázuriz.

Desde *El Independiente* se calificaba a Urmeneta de Montt-Varista, carente de experiencia política, aristócrata millonario y títere en manos de los

políticos: "¿El presidente Urmeneta? La cosa parece una broma de mal gusto, porque el Montt-Varismo sabe perfectamente que con Urmeneta por jefe, tendría este las apariencias del poder, y toda su realidad los caudillos desechados del decenio. "El rey manda pero no gobierna" es una máxima que tendría perfecta aplicación bajo el gobierno del señor Urmeneta. El solo hecho de haber aceptado este caballero una candidatura que le cae como llovida, sin tener la menor práctica política en los negocios públicos, demuestra que este caballero entra en campaña "con el corazón ligero" frase que es traducida por imprevisión y falta de prudencia... Exceptuando el principio aristocrático no hemos averiguado que ideas, que aspiraciones, que proyecta el señor Urmeneta".

Una de las tantas respuestas y contraataques a los diarios conservadores venía del diario *El Ferrocarril*: "Los fariseos de la administración Pérez llaman Montt-Varista al señor Urmeneta, hombre sin antecedentes políticos, aristócrata y millonario... I vosotros que proclamáis a don Federico Errázuriz, hombre de gran fortuna debido a felices eventualidades; vosotros que acabáis de ver a vuestro millonario candidato intrigar y ajitar para conseguir que el gobierno vote una ley mandando se le construya un ferrocarril para su hacienda de Colchagua, no trepidais en increpar al candidato del pueblo que tenga una fortuna debido a su inteligencia y a sus esfuerzos industriales, dedicada al fomento de la riqueza pública, con un ferrocarril construido a sus expensas en la cordillera de Tamaya. Tenéis razón: entre un millonario que no repara en pérdidas ni riesgos para poner la industria minera en Chile a la altura de los últimos progresos que alcanza el mundo civilizado, y que ha logrado dar crédito a esa industria en el extranjero, asociándole su nombre en Inglaterra, y dar bienestar a poblaciones enteras y aumentar en centenares de miles las entradas del erario nacional; y un millonario como Errázuriz, que atesora para servir solamente a sus propias ambiciones, vosotros no podeís vacilar".

La fuerza que alcanzaba la candidatura de Urmeneta despertó enorme inquietud en las filas del gobierno y en los sectores conservadores, que reunieron una importante caja electoral que superaba ampliamente la de los partidarios de Urmeneta. El gobierno, por su parte, el día de la elecciones, para asegurar la victoria, cometió numerosos fraudes y atropellos que fueron denunciados.

Días antes de la elección, el clero se pronunciaba abiertamente contra la candidatura de Urmeneta, en un artículo aparecido en *La Revista Católica*, órgano de la Iglesia de Santiago, titulado "La conspiración contra el clero". donde se denunciaba una conspiración liberal para asesinar a los más importantes miembros de la Iglesia, entre ellos, al Arzobispo: "Es público y notorio que han sido frecuentes en los clubes Urmenetistas las exaltaciones contra el clero en general y contra el ilustrísimo y reverendísimo señor Arzobispo y algunos otros eclesiásticos en particular. Con insinuaciones ingenuas y péridas se ha procurado inspirar a los concurrentes desprecio y odio contra la Iglesia y sus ministros. En medio de obscenos desahogos, se gritaba con furor: mueran los clérigos, muera el Arzobispo y hasta muera el Papa....

Hacen públicamente alarde de las armas que tienen listas para el 25 de los corrientes. Con la más cinica imprudencia atribuyen al clero vergonzosos manejos electorales... nos ha llamado la atención el oficio que una persona inbuída en las intrigas del bando Urmenetista creyó necesario dar a un respetable eclesiastico de esta capital... segun estos datos parece claro que en los concejos de don Manuel Montt y don José Tomás Urmeneta, se ha decretado el asesinato del señor Arzobispo y de los honorables sacerdotes que en esos documentos se menciona".

La elección se realizó el 25 de junio, obteniendo Errázuriz un amplio triunfo que fue verificado, el 30 de agosto, en una sesión del Congreso Nacional, con los siguientes resultados por provincia:

RESULTADO DE LA ELECCIÓN DE 1871

Provincias	Errázuriz	Urmeneta
Atacama	9	6
Coquimbo	8	15
Aconcagua	15	1
Valparaíso	24	0
Santiago	48	0
Colchagua	24	0
Curicó	15	0
Talca	3	12
Maule	29	1
Ñuble	6	12
Concepción	24	0
Arauco	9	3
Valdivia	6	0
Llanquihue	0	6
Chiloé	9	0
Total	226	58

La derrota de Urmeneta fue total: sólo triunfaba en Coquimbo, Talca, Ñuble y Llanquihue. En Coquimbo, era natural que ganara, pero no tan estrechamente. En Talca y Ñuble, no hay información para aventurar un juicio. En Llanquihue, sabemos que tuvo el apoyo de la colonia alemana. Perdía en las principales ciudades del país: Santiago, Valparaíso y Concepción, sin sacar un voto.

Los reclamos por los fraudes de los agentes del gobierno fueron numerosos, pero, aunque éstos prosperaran no alterarían el resultado de la elección, como indicaba el presidente del Senado: "el señor Errázuriz ha obtenido en la elección del 25 de junio una suma de 226 votos, el señor Urmeneta 58, y el Señor Covarrubias 1. Si bien es verdad que contra esa elección se han

elevado reclamos de nulidad... no lo es menos que aun computados esos reclamos, ellos se estenderían a no más de 66 electores. Ahora bien, habiendo votado 285 electores, la mayoría es pues 144. Rebajados los 66 electores quedarían siempre a favor del señor Errázuriz una mayoría de 178 electores. En esta virtud y cumpliendo con el precepto de la constitución proclamo como presidente de la República al señor Federico Errázuriz".

A pesar de algunos reclamos de los Alemparte, la proclamación de Errázuriz fue un hecho. Después de las elecciones, Urmenate invitó a un almuerzo en su hacienda de Limache a los dirigentes de la fracasada campaña, donde comentaron los numerosos abusos cometidos por el gobierno y, según algunos escritos, se habría hablado de no aceptar la derrota y comenzar una revuelta para deponer al gobierno, pero sólo fueron conversaciones que no se llevaron a la práctica.

La filantropía

Durante el siglo XIX, siguiendo una tradición colonial, los servicios de beneficencia contaron con la ayuda personal y financiera de numerosos filántropos que se hacían cargo de la administración de los hospitales, casas de huérfanos, casa de orates, hospicios, etc. Desde el propio gobierno se entregaba la dirección de estos establecimientos a filántropos hábilmente elegidos y que conectados a la aristocrática y millonaria élite chilena, podían sacar recursos para su funcionamiento. Los magnates del país ayudaban con generosos donativos, y muchos de ellos tomaron la dirección de los establecimientos, invirtiendo su tiempo y su dinero en tan noble tarea; otros, preferían dejar en sus testamentos, a una u otra institución, importantes sumas de dinero para su sostenimiento.

Las motivaciones para ir en ayuda del prójimo estaban a la vista: en medio de la pomposidad afrancesada de la aristocracia y burguesía emergente, existía un mundo popular en la más completa miseria, falto de posibilidades de educación crecían los niños y jóvenes en la completa ignorancia; una vez adultos, el alcoholismo llevaba a muchos a la Casa de Orates; en caso de enfermedades, la situación era peor, la tuberculosis, viruela, disentería, sífilis hacían estragos ante una asistencia hospitalaria en constante crisis, con hospitales pobres y de un aspecto tétrico. Las viudas pobres, ancianos, huérfanos, lisiados, abandonados, debían esperar que una mano piadosa proveniente de la Iglesia o de instituciones de beneficencia, fuera en su ayuda.

Los ejemplos de ayuda a los desvalidos por parte de clases adineradas del país son variados, mezcla de real desprendimiento con reconfortación de las conciencias: "donación y creación de instituciones de beneficencia y piadosas, ollas para los pobres, trabajo en favor de los desvalidos y los afectados por tragedias colectivas, organización de las "misiones" estivales en las grandes haciendas, donde las señoras, sus hijas y los veraneantes ayudaban en las tareas religiosas y humanitarias, etc."

Entre los filántropos destacados podemos citar a Juan José Hontaneda, rico comerciante de Valparaíso, que vivió preocupado de los pobres y final-

mente legó su fortuna al hospital San Juan de Dios; Domingo Correa de Saa, que administró el Hospital San Juan de Dios, realizando numerosas mejoras por su cuenta; Tomás Eduardo Brown, que legó doscientos mil pesos para la construcción de la Casa de Huérfanos de Valparaíso; la viuda de A. Edwards, Juana Ross, realizó innumerables donaciones en Santiago y Valparaíso.

José Tomás Urmeneta fue un destacado filántropo, participando en numerosas instituciones como socio cooperador, y en otras, ocupando cargos directivos: la Casa de Orates, la Sociedad de Instrucción Primaria y el Cuerpo de Bomberos de Santiago; su esposa, Carmen Quiroga, participaba en una institución de beneficencia que ayudaba a las mujeres desamparadas. Conjuntamente con estas actividades filantrópicas, Urmeneta tuvo actitudes de mecenas, ayudando a numerosos artistas, entre ellos al pintor Manuel Antonio Caro, al que compró, en 1872, el cuadro: La abdicación de O'Higgins, premiado en la exposición de artes e industria de Santiago. Adquiere también, para obsequiarlas al Museo de Londres, dos de sus mejores telas: La Zamacueca y Velorio del angelito.

Vicuña Mackenna dedica un par de páginas en su *Libro del cobre* a destacar la obra filantrópica de Urmeneta: "Todas las fundaciones modernas de Santiago le contaban como su protector o su solícito cooperador, fueran aquellas un hospital, como el de San Vicente de Paul, fueran un paseo, como el de Santa Lucía, fueran un simple monumento, como la mayor parte de los que adornan nuestras plazas y avenidas".

Los primeros gestos de filantropía se remontan a su instalación en Santiago como nuevo rico, requisito natural para ser un filántropo, tomando a su cargo la dirección de la Casa de Orates. Mientras su esposa era invitada a incorporarse a una sociedad de beneficencia dirigida por Antonia Salas de Errázuriz, y cuyos fines eran: " asistencia a la casa del buen pastor, que la sociedad ha establecido en esta capital, además la casa de expósitos, asilo del salvador, casa de la concepción, hospicios, hospital de mujeres, y todos los establecimientos dirigidos al bien de los individuos de este sexo, la sociedad no ha vacilado en creer que usted se prestará con deferencia a ocupar el asiento que ella le destina". Funcionaba, de esta manera, un mecanismo para incorporar nuevas fortunas a la beneficencia, y para Carmen Quiroga una forma de incorporarse a la sociedad santiaguina.

La vida privada

La familia

José Tomás Urmeneta provenía de una familia de comerciantes de origen español, compuesta por siete hermanos, cuatro mujeres y tres hombres; estos últimos fueron los menores, y estuvieron apadrinados por su mediohermano Francisco Javier Urmeneta. Como era tradicional en las familias de comerciantes coloniales, los negocios estaban estructurados sobre la base de la organización familiar, incorporando a los hermanos, hijos, sobrinos en diferentes sociedades y puestos dentro del negocio.

Cuando Francisco Javier Urmeneta envía a estudiar comercio y leyes, a José Tomás y Jerónimo, en los Estados Unidos, está preparándolos para incorporarlos a sus negocios mercantiles. De hecho, José Tomás es enviado a España en una empresa comercial que fracasa. A su vuelta, su mediohermano había muerto en la bancarrota, ante lo cual decide recurrir a su hermana mayor, Josefa Urmeneta que se había casado con el rico minero Mariano Ariztía. Como sabemos, Urmeneta consigue trabajo con Ariztía, y rápidamente emprende una carrera empresarial como minero, apoyado por su cuñado.

Urmeneta sostenía relaciones normales con sus demás hermanos, pero con su hermano Jerónimo mantuvo una larga amistad, participando como socios en varias empresas, y como aliados en la política. Solamente con uno de sus cuñados realizó algunos negocios.

En 1834, contrae matrimonio con una dama de la zona, Carmen Quiroga Darrigrande, cuyas demás hermanas estaban casadas con importantes mineros y comerciantes de la provincia. Todos estaban establecidos en la misma zona y representaban una élite en la provincia, con fuertes vínculos, al ser familias emparentadas.

La relación de Urmeneta con su esposa fue de gran amor y amistad, como queda demostrado en las cartas que diariamente le escribía cuando debían separarse. En 1873, cuando estaba de viaje por Europa, le escribió diariamente comentándole sus impresiones y recordándole su amor. Una carta del 7 de julio de 1873, día en que cumplían 39 años de casados, da muestra de lo anterior: "no puedo hijita tan querida dejar pasar el día tan memorable para nosotros sin saludarte y mandarte muchos besos con el sincero y tierno amor que te profesa tu choco; aunque a tantas leguas de distancia mi pensamiento está contigo y ruego a nuestro señor dios te conserve sin novedad".

El matrimonio Urmeneta-Quiroga tuvo tres hijas—Manuela, Carmen y Amalia—, que resultaron ser mujeres débiles de salud. Carmen murió a la temprana edad de doce años; Amalia, antes de los treinta años y Manuela pasó sus últimos años recorriendo centros médicos en Europa para mejorarse. Urmeneta no tuvo un hijo hombre que lo hubiera acompañado en sus negocios, como fue el caso de Cousiño, Edwards, Gallo y otros. La falta de un hijo varón, la suplió con sus yernos, a los que incorporó en sus negocios, haciéndolos socios de sus principales empresas, como hemos visto, sosteniendo una relación de mucho respeto y aprecio por ambas partes.

En general, Urmeneta tuvo gran aprecio por sus hermanos, sobrinos, ahijados. Siempre lo vemos regalando alguna propiedad, dando trabajo, prestando dinero, apoyando a los jóvenes en sus estudios, dando fianza. A su muerte, dejó una larga lista de pensiones y donaciones de dinero para una gran cantidad de sobrinos, ahijados, cuñadas, etc. En general, Urmeneta siempre tendió la mano a los familiares que le pidieran algún favor, pero no los incorporó en sus negocios, ni en puestos claves de la administración, salvo el caso de sus yernos y su hermano Jerónimo.

Un modo de ser inglés

Los nuevos hombres ricos del país, mineros y comerciantes, y las antiguas fortunas de terratenientes, sintieron por igual la influencia y encanto del modo de ser burgués que comenzaba a imponerse en Europa, como resultado del nuevo modo de producción capitalista.

El Viejo Mundo significaba para estos grupos sociales, según Sergio Villalobos: "el progreso, la ciencia, el arte, el buen gusto y el tono de los altos círculos sociales y no haberlo entendido así habría sido mantenerse en un ambiente local chato, grosero, atrasado y carente de prestigio. El desarrollo de la ciencia y del pensamiento, el progreso económico y el espíritu liberal, eran parte de un cosmopolitismo que embargaba a todas las burguesías. Por eso la visita al viejo mundo, la contratación de sus intelectuales y técnicos, y la suscripción a la *Revue du Deux Mondes*, era más que una postura vanidosa y de moda. Era situarse en los puntos más elevados del momento histórico o, mejor, de toda la historia.... Todo eso y muchas otras cosas eran la gran creación de la burguesía, de suerte que los hombres nuevos de Chile y detrás de ellos los aristócratas tenían que sentir su influjo. La dependencia de Europa en todo orden de cosas no era vista en forma conflictiva, sino como una relación dignificante en la que había que participar plenamente".

José Tomás Urmeneta es un perfecto ejemplo de lo anterior. Durante toda su vida mantuvo un estilo de vida, siguiendo las pautas de la burguesía inglesa: en cada uno de sus actos –que a continuación mencionaremos– Urmeneta dio muestras de esta actitud de admiración e imitación del modo de ser burgués, según las pautas inglesas.

Vicuña Mackenna planteaba que los tres años que Urmeneta vivió en Inglaterra habrían marcado su carácter: "en el contacto de aquel país, frío pero leal, adquirió los hábitos de guarda de su persona, de comida etiqueta y aun de traje cuidado y de lenguaje culto que le fueron familiares".

Más tarde, convertido en un emergente minero en la provincia de Coquimbo, enviaba a sus hijas a Valparaíso a estudiar en un colegio privado inglés, incorporándolas a los círculos sociales ingleses del mundo mercantil del puerto; numerosas cartas dan noticia de fiestas en que las jovencitas alternaban con la sociedad inglesa, y aún más, sus hijas tempranamente escriben algunas cartas en inglés, para regocijo del padre.

Una vez en posesión de su fortuna y diversificada en más de catorce empresas, tuvo numeroso personal inglés en sus empresas, a nivel gerencial, técnico y proletario, como ya hemos visto; numerosos socios comerciales fueron de esa nacionalidad, lo que no es novedad, y muchas de sus amistades se encontraban entre los hombres de negocios de origen inglés del puerto; incluso su secretario privado era un inglés, George Smith.

Las inversiones realizadas en su palacio, la Quinta Bella y la hacienda de Limache siguen los patrones ingleses en cuanto a remodelación y decoración. El palacio que construyó en la calle Monjitas, a principios de la década de 1870, era de un estilo gótico inglés; en pleno centro de Santiago, en medio de

viejas y pesadas casas de adobe de estilo colonial, levantaba un castillo gótico al que sólo le faltaban los fantasmares de caballeros medievales. La hacienda de Limache había sido remodelada a la inglesa: hacia una parte el parque y el "chateau", y hacia otra, la granja con los departamentos de administración y de labranza. Tenía además un jardinero traído especialmente desde Inglaterra para el parque de Limache. La Quinta Bella, en el valle de Santo Domingo, tenía igual distribución, a la inglesa.

Numerosos serían los ejemplos del estilo de vida inglés que Urmeneta trataba de llevar en el país. Aun más, creemos que el estilo burgués llevado por Urmeneta no debía ser muy distinto, en lujos y refinamientos de los llevados por burgueses ingleses en esa época.

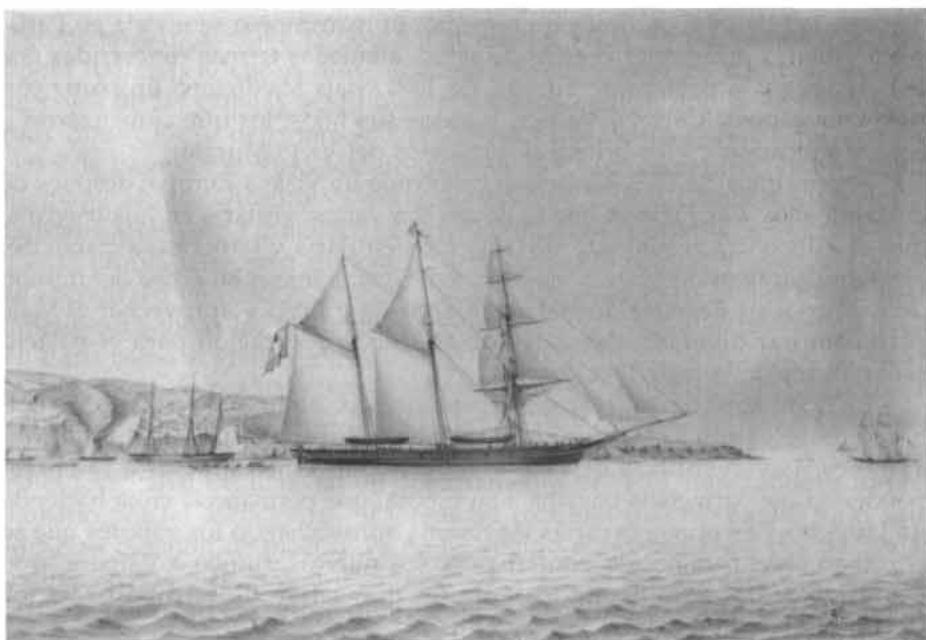
Lujos y placeres

La adopción del modelo de vida burgués, francés o inglés, estuvo acompañado de un nivel de vida cada vez más refinado y lujoso. Surgieron ostentosas mansiones y palacios, en las que se daban magníficas fiestas, donde los invitados hacían gala y ostentación de sus carroajes, joyas, vestidos y modales refinados; y los dueños de casa, de sus finos muebles, vajillas de plata y la cena opulenta, servida por garzones tiesos vestidos a la usanza europea.

Urmeneta, siguiendo la moda de construir grandes mansiones y palacios, levantó, al comenzar la década de 1870, un enorme castillo gótico en la calle Monjitas; era una forma de demostrar a la sociedad de Santiago su poder económico, después de pasar un largo período de problemas en sus negocios. El palacio fue adornado con los más finos elementos de decoración (vitrales, muebles, alfombras, pinturas, etc.), todos comprados en un viaje especial realizado por Urmeneta a Europa. La Quinta Bella y la hacienda de Limache no se quedaban atrás en lujo y fastuosidad, siendo admiradas por la sociedad de la época.

La posesión de un yate de placer, con el que Urmeneta recorría las costas del Pacífico, causó la envidia y la admiración de los habitantes del puerto. Desde pequeño, se mostró aficionado a la navegación; en su viaje a Estados Unidos, el joven de quince años adquirió el manejo de los instrumentos de navegación y nociones de la náutica, enseñado por el capitán del barco.

Más tarde, cuando su fortuna lo permitió, compró un *yacht* de placer llamado el *Dart*, un bergantín goleta de tres palos, valuado en catorce mil pesos, con una tripulación a cargo de un marino inglés, el capitán Elliot. En este yate de placer Urmeneta realizó numerosos viajes y paseos por las costas chilenas y del Pacífico, llegando incluso hasta Tahiti; también lo utilizaba como vehículo de transporte para visitar sus fundiciones y minas en Coquimbo y Atacama. En 1859, realizó un viaje de placer por las costas del Pacífico, reconociendo la isla Juan Fernández y las islas de Tahiti, siendo recibido por la reina llamada Pomaré, con la que mantuvo correspondencia; este hecho fue ampliamente comentado en los círculos de la clase alta del país.



Este yate causó la envidia y admiración de la élite de la época. En él Urmeneta realizaba viajes de exploración y placer por el pacífico (Cuadro de Rafael Vicuña).

El encanto de Europa llevó a muchos chilenos a viajar al viejo continente. Algunos se instalaron a vivir y otros lo hicieron por largas temporadas, comprando mansiones y alternando con la alta burguesía y nobleza de gran estilo. La familia de Urmeneta (hijas, yernos y nietos) viajaron y vivieron en Europa largas temporadas, y algunos de ellos nunca volvieron a Chile. El primero en viajar al Viejo Mundo fue Urmeneta –en su juventud y en otras circunstancias–, Adolfo Eastman también viajó durante su juventud para realizar estudios.

Maximiano Errázuriz estaba deseoso de poder viajar a Europa, a los pocos años de casarse con la hija de Urmeneta, pero debía posponer sus intenciones al tener que trabajar en la empresa en la que su suegro lo había hecho socio: "el negocio este, marcha bien y ha tomado tanta extensión que yo he tenido que aplazar quien sabe hasta cuando el viaje a Europa que tanto deseaba realizar". Al morir su esposa, a fines de 1861, Errázuriz decide viajar a Europa a mediados del año siguiente. Instalado en París recorre las diversas capitales europeas, visitando museos, bibliotecas, ruinas históricas y exposiciones de pintura, hasta regresar al país a fines de 1863. Pocos años permaneció en él, volviendo a viajar en 1866, al ser enviado por el gobierno en comisión a Estados Unidos y, posteriormente, como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Gran Bretaña, donde estuvo hasta 1867.

Al comenzar la década del 1870, parten a Europa los dos yernos de Urmeneta. Primero, viaja Adolfo Eastman con su esposa Manuela: a raíz de la

enfermedad de ésta, en busca de remedio. El matrimonio se instala en París, y recorren los principales centros de salud, afamadas termas concurridas por la burguesía y la nobleza de Europa. En 1871, viaja Maximiano Errázuriz con su nueva esposa, Carmen Valdés, y todos sus hijos, los que comenzaron a recibir educación en los principales colegios del Viejo Mundo.

A principios de 1873, Urmenate emprende un viaje a Europa; después de cuarenta años. Las razones que lo llevan son varias: visitar a su hija enferma, que se encuentra recibiendo tratamientos en París y Ginebra, alejarse del ambiente nacional después de su derrota electoral, iniciar su retiro del mundo de los negocios después de cincuenta años de trabajo y aprovechar el viaje para comprar diversos elementos de adorno y decoración para el palacio estilo Tudor de la calle Monjitas.

El 15 de abril de 1873, acompañado al parecer por su secretario, se embarcó en el vapor *Patagonia*, que viajaba a Europa vía Estrecho de Magallanes. Las aventuras de este viaje las conocemos gracias a la correspondencia que Urmenate enviaba a su esposa, que permanecía en la hacienda de Limache. Las primeras cartas las remitía aprovechando los vapores que se cruzaban en el camino o encontraban en los puertos, rumbo a Valparaíso y, posteriormente, a través de los vapores que salían de Europa hacia los puertos sudamericanos.

El viaje desde Valparaíso a Liverpool demoraba un mes y medio. En el trayecto, hicieron escala en Coronel, en el Estrecho, Montevideo, Río de Janeiro, Lisboa y, finalmente, Liverpool. Durante esta parte del viaje, comparte diariamente con el capitán del vapor –como buen marino– y hace diversos comentarios respecto al vapor, las escalas; pero, más que nada, son para manifestarle amor a su esposa.

Al llegar a Liverpool "28 de mayo de 1873" lo esperaba Adolfo Eastman: "tuve el placer de encontrar a Adolfo quien me esperaba y vino a bordo... alojamos en un hotel en Londres". El 30 de mayo, recorren Londres caminando y visitan a los Gibbs y a Carlos Lambert: "en la casa Gibbs me hicieron muchas atenciones. Busqué a don Carlos Lambert y nos dimos un fuerte abrazo está muy viejo e informal como siempre, parece un fantasma".

De Londres se dirigen a París, al departamento donde están instalados Adolfo Eastman y su esposa Manuela Urmenate –en el mejor barrio– contando, además, con un coche arrendado para sus recorridos por la ciudad: "Adolfo me tenía un coche de lujo con cochero y jockey ingleses tomados por un mes, salgo como un Lord todos los días".

Durante su estadía en la ciudad, visita las mejores fábricas comprando ventanas, vitrales, cristales, muebles, alfombras, tapices y todo tipo de adornos para su palacio de Santiago. A la vez, compra diversos encargos, como tres órganos: uno para la capilla de Limache, otro para la capilla de la Quinta Bella y otro para un cura de una iglesia que no nombra. Otro tipo de compras son las joyas: visita a los más importantes joyeros de París, encargando un collar de perlas y brillantes para su esposa y una pulsera de brillantes y rubíes para su hija. También se manda hacer retratos con fotógrafos y pintores: "harán tres retratos para elejir, todo es negocio para vender más".

Durante la estadía, tiene una intensa vida social asistiendo a los espectáculos parisinos, como la ópera y el teatro: "en la noche fuimos a la gran ópera italiana, tu choco muy elegante de frac y guantes blancos, muchos anteojos de las gringas se dirigieron a nuestro palco, uno de los mejores y muy caros". En su departamento, reciben la visita de los chilenos que viven o están de paso por el Viejo Mundo (Juan de la Cruz Gendarillas, Pedro Montt, Santiago Muñoz, Adolfo Valdivieso), también Carlos Lambert viaja desde Londres a visitar a Urmeneta, haciendo recuerdos y brindis por el país.

El propio Urmeneta comentaba a su esposa lo natural y confortable que se encontraba en el Viejo Mundo: "Adolfo no se figuraba que el tío pudiera amoldarse a todas las costumbres de estos países y desde el primer día vivir en París como si viviera años".

Después de permanecer más de un mes en París, Urmeneta se dirige a Ginebra, hacia donde había partido su hija para pasar el verano y continuar su tratamiento en unas famosas termas. El viaje de París a Ginebra lo realiza en el ferrocarril expreso, en un departamento privado, mostrándose impresionado por las atenciones: "si vieras las cortesías que me hacen, todo aquí hijita, es cuestión de plata, y yo no he venido a incomodarme por no gastar algunos pesos más".

En Ginebra permanece durante un mes, entre julio y agosto, trasladándose desde los baños de Duchans a los baños de Divonne, que eran impresionantes hoteles donde la nobleza y la emergente burguesía europea pasaba sus vacaciones. Urmeneta se muestra impresionado por la belleza de los lagos de Ginebra, aprovechando de navegar en un velero. En general, se dedica a descansar, aprovechando de tomar diversos baños curativos. A principios de septiembre se encuentra en París, preparando su regreso al país. El 13 de septiembre de 1873, salía desde Burdeos en el vapor *Aconcagua* rumbo a Chile.

Manuela Urmeneta regresó al país con su esposo en 1874. Errázuriz lo había hecho en 1872, pero había dejado a sus hijos educándose en Europa. Estos últimos fueron el perfecto ejemplo de los transplantados de que habla Alberto Blest Gana: José Tomás se expatrió voluntariamente de Chile y fijó su residencia en Inglaterra, donde se dedicó a la pintura; Guillermo se casó con Blanca Vergara y realizó numerosos viajes a Europa; Rafael permaneció por más de veinte años como embajador extraordinario en la Santa Sede, muriendo en Roma, en 1929 y Amalia se casó con el millonario Ramón Subercaseaux Vicuña, realizando numerosos viajes a Europa, para finalmente instalarse en el país, en una hacienda en Nos.

La muerte

De vuelta en el país, Urmeneta continuaría su vida bastante alejado de los negocios, instalado en su hacienda de Limache, recibiendo la visita de los personajes más ilustres del mundo de los negocios y la política del país, hasta su muerte, el 20 de octubre de 1878, aquejado de un aneurisma que lo molestó los últimos años de su vida.

"El señor Urmeneta se sentía morir rápidamente desde hacia tres a cuatro meses. la aneurisma lo sofocaba, especialmente de noche. Convencido de la proximidad de su fin, hizo con la más perfecta tranquilidad sus últimos preparativos de hombre y de católico. Vino el señor prebendado don Francisco de Paula y Taforó (más tarde Arzobispo electo de Santiago), llamado por él, y pasó en diversas ocasiones largas horas conferenciando con aquel distinguido sacerdote. El miércoles 16 comulgó con su familia, y ese mismo día dictó a su hijo, el señor Adolfo Eastman, a quien amó con especial y merecido afecto, sus últimas instrucciones íntimas sobre su trasladación a Santiago, despidiéndose con ternura pero sin ninguna debilidad, de su esposa y de sus hijos".

Su cuerpo fue trasladado en un ferrocarril especial desde Limache a Santiago, siendo velado en la Iglesia de San Francisco. Desde ahí partió la carroza fúnebre, acompañada por 117 coches, hasta el cementerio católico, escoltada por el Cuerpo de Bomberos de Santiago. En el cementerio hubo un solo discurso, pronunciado por Francisco Solano Astaburuaga.

Los periódicos hablaron sobre su muerte: *El Ferrocarril* que le fue siempre amigo, decía: "El señor don José Tomás Urmeneta era la encarnación más poderosa que había encontrado en Chile el trabajo y la fortuna, hija del trabajo; porque, a diferencia de los metódicos acumuladores de oro que por costumbre tradicional han ejercido en nuestro país el monopolio del capital, él devolvía al trabajo todo lo que éste generosamente le retribuía.... El oro no era para él una caja de fierro: era una palanca. la fortuna no fué un estanque de aguas muertas, sino una presa viva de elementos de fecundidad, como la que le había servido para convertir en verdadero vergel y hacienda modelo el eriazo arenoso en cuya mansión de obrero y a la vez de príncipe ha encontrado su fin".

El *Diario Oficial* opinaba: "Ya no existe el señor don José Tomás Urmeneta, a quien con muy justos títulos considerara como uno de sus más distinguidos ciudadanos.... El nombre del señor Urmeneta aparece íntima y constantemente unido a la historia del progreso moral y material de nuestro país en los últimos treinta años.... Sí el sentimiento artístico y el poder de estética de que somos capaces ha tenido en estos últimos años espacio y luz en que desplegar sus alas, a ello ha contribuído grandemente aquella libertad del señor Urmeneta, cuya caja no dejó de estar abierta cuando se necesitó dar estímulo al cincel del estatuario y al pincel del pintor o de presentar perspectivas risueñas y alentadoras al hombre de letras". *El Estandarte Católico* resaltaba: "La muerte del señor Urmeneta será llorada por numerosos pobres que recibían de él copiosas limosnas cada vez que fueron a golpear sus puertas".

Bibliografía

El presente artículo tiene como base el libro: *Jose Tomás Urmeneta :un empresario del siglo xix*, parte de la colección Sociedad y Cultura del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, de la Biblioteca Nacional, Santiago, 1993, 280 págs.

Las fuentes históricas claves para investigar al empresario fueron los archivos notariales y judiciales de las diferentes ciudades del país donde Urmeneta tenía sus negocios; también resultaron importante los documentos del archivo del Ministerio de Hacienda, del fondo Vicuña Mackenna, las memorias e informes de algunas de sus empresas, y las publicaciones contemporáneas de estadísticas mineras. La fuente más notable fue el archivo Rafael Errázuriz Urmeneta. Este archivo del nieto de Urmeneta consiste en diez volúmenes de correspondencia y documentos personales de la familia Errázuriz. En sus dos primeros volúmenes se encuentra correspondencia entre Urmeneta y su familia –esposa e hijas– y luego con su yerno Maximiano Errázuriz.

Los artículos y libros claves utilizados en la investigación son los siguientes:

—Cavieres, Eduardo, *Comercio chileno y comerciantes ingleses 1820–1880: Un ciclo de historia económica*, Vaparaíso, Instituto de Historia, Universidad Católica de Valparaíso, 1988.

—Culver, William y Reinhart, Cornel, *The decline of a mining region and mining policy: Chilean copper in the nineteenth century*, en *Miners and mining in the Americas*, Manchester, Edic. de Culver y Greaves, 1985.

—Fernandez, Manuel, *Merchants and Bankers: british direct and portfolio investment in Chile during the nineteenth century*, en revista *Amerikanishes Archiv*, 1983.

—Mayo, John, *Commerce, credit and control in Chilean copper mining before 1880*, en *Miners and mining in the Americas*, ed. Culver y Greaves, 1985.

—Mayo, John, *Before the Nitrate Era: British commission houses and the Chilean economy 1851–1880* en *Journal of Latin American Studies*, Nº 2 vol.11, 1979.

—Ortega, Luis, *Auge y ocaso del cobre en Chile 1820–1880*, Santiago, Universidad de Santiago, 1991.

—Ortega, Luis, *Acerca de los orígenes de la industrialización chilena 1860–1879*, en revista *Nueva Historia*, Londres, 1981.

—Pinto, Julio y Ortega, Luis, *Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento asociado (Chile 1850–1914)*, Santiago, Edic. de la Universidad de Santiago, 1990

—Przeworski, Joanne, *The decline of the copper industry in Chile and the entrance of north american capital 1870–1916*, New York, ARNO PRESS, 1980.

—Pusareti, Joseph, *Historia del comercio y de la industria en los Estados Unidos*. Barcelona, 1987.

—Silva, Fernando, *Notas sobre la evolución empresarial chilena en el siglo XIX*, en *Empresa privada*, Valparaíso, Escuela de Negocios de Valparaíso, 1978.

—Valenzuela, Luis, *Challenges to the british copper smelting industry in the world market 1840–1860*, en *The Journal of European Economic History*, number 3, vol.19, number 3, 1990.

—Valenzuela, Luis, *The Chilean Copper Smelting Industry in the Mid Nineteenth Century: Phases of expansion and Stagnation*, en *Lat. Amer. Stud.* Nº 24, 1992.

-Vargas C., Juan Eduardo y Martinez R., Gerardo, José Tomás Ramos
Font: una fortuna chilena del siglo XIX, en revista *Historia* N° 17, 1982;

-Vayssiére, Pierre, Un siècle de capitalisme minier au Chile 1830-1930,
Paris. Edic. C.N.R.S., 1980.

Vicuña Mackenna, Benjamín, *El libro del cobre y del carbón piedra*, Santiago,
Edit. del Pacífico,1965.

-Villalobos, Sergio, *Origen y ascenso de la burguesía chilena*, Santiago, Editorial Universitaria,1987 .